La conquista del ESPACIO

BOLSILIBROS BRUGUERA

ENIGMA

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION





ENIGMA

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

571 - El enigma de Mount Kooran - *Kelltom McIntire.*

572 - Los malvados seres de Urrh - *Lou Carrigan.*

573 - Crimen en el siglo XXI - *Curtis Garland.*

574 - Quince días sin sol - *Kelltom McIntire.*

575 - El poder de las sombras - *Ralph Barby*..

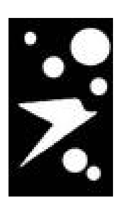
GLENN PARRISH

ENIGMA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n. ° 576

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA —BOGOTA —BUENOS AIRES —
CARACAS —MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 20.657-1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: agosto, 1981

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL **BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2 Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en

esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Valles(N-152, Km 21.650) - Barcelona – 1981

CAPÍTULO PRIMERO

Había salido a tomar un poco el aire fresco de la noche y de repente, ensimismada en sus pensamientos, se encontró a casi kilómetro y medio alejada de la residencia en donde se daba la fiesta de la cual había escapado momentáneamente.

Era joven, de figura escultural y tenía el pelo muy rubio y peinado a la última moda. Vestía un traje muy escotado, tanto por delante como por detrás, hecho de auténtico hilo de oro puro, nada pesado sin embargo, dado que el grosor del hilo no superaba la media décima de milímetro. A partir de la cintura para abajo, dejaba de ajustarse a su espléndido torso, aunque tampoco era mucho más amplio; sólo lo justo para moverse sin demasiadas dificultades.

Inesperadamente, un aeromóvil bajó silenciosamente de las alturas y se situó a su lado. Dos hombres saltaron del vehículo. Un tercero permanecía ante los mandos, manteniendo el aparato inmóvil a un palmo del suelo.

Ella los miró y quiso gritar. Una mano tapó su boca y otra sujetó el brazo derecho. Dos manos más la agarraron por el otro brazo. En volandas, fue conducida al aeromóvil y lanzada al asiento posterior.

La joven se debatió furiosamente, pero todo fue inútil. De súbito, sintió un leve pinchazo en el codo izquierdo.

Forcejeó una vez más. Sus secuestradores continuaron manteniéndola sujeta.

Antes de un minuto, la joven había perdido el sentido.

Media hora más tarde, el cuerpo fue abandonado en un oscuro callejón de los barrios bajos de la capital. Ella quedó completamente desnuda, despojada de todas sus joyas, de cualquier objeto personal que permitiera su identificación. Quedó entre dos cubos de basura, encogida sobre sí misma, hecha un ovillo, en posición fetal.

Los dos secuestradores corrieron hacia el aeromóvil.

—Eso ya está —dijo uno de ellos al entrar en el vehículo.

—Se lo comunicaré al jefe —declaró el conductor—. Pero, ¿es un método seguro?

El tercer secuestrador se echó a reír.

Cuando el matasanos de la «morgue» raje su cuerpo, verá que ha muerto de un ataque cardíaco.

* * *

Destry Roberts, más conocido en ciertos ambientes por «El Dandy», entró en el desvencijado ascensor, que parecía construido en el siglo XX y se encaminó al piso noveno del edificio donde le esperaban unos conocidas. Roberts pensó que el dueño de la casa no quería gastarse la suma que representaba el viejo motor de arrastre y tambor con cables y contrapesos, para sustituirlo por el de antigravedad. En algunos lugares, se dijo amargamente, las normas del Servicio de Seguridad en la Construcción eran tan ignoradas como si jamás se hubieran promulgado.

Salió en el pasillo octavo, avanzo unos pasos y llamó a una puerta. Alguien atisbo por la mirilla. Luego abrió.

El visitante se encontró ante un sujeto de aspecto simiesco. de poco más de metro y medio de altura, pero capaz, de doblar una herradura con una sola de sus enormes manos. «Lo malo es que hoy día, en el siglo XXII. ya no quedan herraduras, porque apenas hay caballos», solía decir Neil Higgins en sus escasos ratos de buen humor. A Higgins le llamaban el «Hombre de las Cavernas», apodo justificado por su aspecto, pero lo hacían a sus espaldas.

—Te estábamos aguardando. Dandy —dijo Higgins—. Pasa y acomódate.

Roberts entró en el apartamento. Había cuatro personas más en la sala, tres de las cuales eran mujeres. El apellido de una de ellas era desconocido: no lo había dicho nunca a nadie. Tenía casi cincuenta años y era monstruosamente obesa. Todo el mundo la conocía por Lulú «La Gorda», cosa que no la molestaba en absoluto. Pese a su apariencia, poseía un cerebro agudísimo y una inteligencia excepcional.

La segunda mujer era joven, de pelo rojizo, alta muy esbelta. con la figura de una maniquí. El rostro era aparentemente ingenuo, pero Roberts sabía que Bea Spott no tenía un pelo de tonta. Y aunque contaba escasamente un cuarto de siglo de edad, tenía una amplia experiencia en muchos campos, incluido el amoroso.

La tercera era una joven de cabellos negros y rostro un tanto extraño. Se la veía guapa, pero ahora estaba como idiotizada, con la mirada perdida en un punto infinitamente lejano. También tenía una bonita silueta.

El otro hombre contaba cuarenta años, era de buena esta tura, bastante bien parecido y atendía por el nombre de Max Fisher. No se le conocían apodos, aunque sí sus principales habilidades, en las que destacaba la de despojar a la gente de sus propiedades más preciosas, siempre que fuesen ligeras, fáciles de transportar y, por supuesto, lo suficientemente valiosas como para correr el riesgo.

Roberts estudió a los componentes de la reunión en media docena de segundos. De pronto, Bea se levantó y, con paso felino, le ofreció una copa.

—Siéntate y escucha a Lulú —dijo.

Higgins le indicó un sillón. Roberts tomó asiento.

—¿Y bien. Lulú?

—Ame Krömatnem da una fiesta la semana próxima, el viernes, para celebrar el cumpleaños de su esposa. Asistirá lo mejorcito de la «jet-set» del siglo XXII. ya que Krömatnem tiene muchas amistades...

—Te refieres al armador, nacido en la antigua provincia sueca —dijo Roberts.

—Sí, el mismo. Supongo que has oído hablar de su inmensa fortuna.

Roberts hizo un gesto con la cabeza.

—Si yo tuviera ahora tantos centésimos en los bolsillos, como él millones, podría vivir sin trabajar el resto de mis días. Bien, Lulú, ¿qué más?

—En el transcurso de la fiesta, Krömatnem regalará a su esposa el diamante Berryth-Friars, más conocido por la «Gran Estrella». ¿Has

oído hablar de esa gema, Dandy?

—La encontraron en Sudáfrica esos dos mineros que has mencionado, hará cosa de cinco años. Su peso, en bruto, superaba los diez kilates, es decir, unos dos kilos. Fue enviada a Ámsterdam, para su talla y, aparte de la pieza principal, se obtuvieron montones de brillantes de diversos tamaños, desde medio kilate a diez kilates. La pieza principal quedó en talla de brillante y su peso se redujo a unos cuatro mil kilates, esto es, alrededor de ochocientos gramos. Su perfección es absoluta, sin la menor mácula, lo cual hace que tenga un valor que nadie se atreve a calcular.

Bea aplaudió.

—¡Bravo, Dandy! Estás bien enterado de las peculiaridades de la «Gran Estrella» —exclamó.

—Suelo estar enterado de ciertos asuntos —contestó Roberts—. Sigue, Lulú, por favor.

—Dandy, tú llevas una mala racha —dijo «La Gorda»—. Es inútil que lo niegues, porque lo sabemos...

—Deja en paz mis asuntos personales —cortó el joven con aspereza—. Lo que estoy viendo es: queréis robar el diamante y me habéis llamado para cooperar con vosotros.

—Exactamente —corroboró Fisher, mientras situaba un cigarrillo al extremo de una boquilla de medio metro de largo.

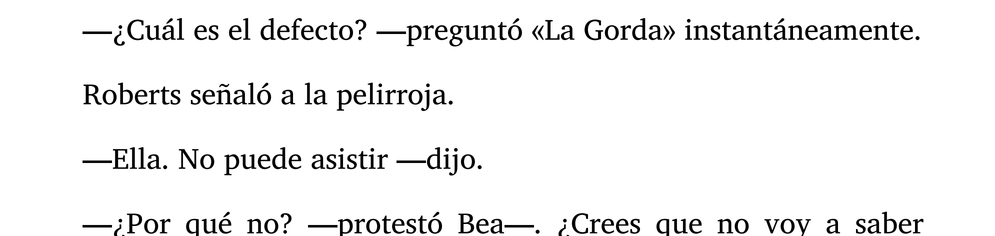
—Ese diamante debe ser tan grueso como uno de los puños de Neil. ¿Cómo diablos pensáis que puedo llevármelo sin que se note su falta de inmediato? Además, estará vigiladísimo y no sólo por guardias armados, sino por muy sofisticados sistemas de alarma...

—Lo tenemos todo previsto —sonrió «La Gorda»—. Explícaselo, tú, Max, por favor.

—De acuerdo, Lulú —accedió el interpelado.

Fisher habló durante unos minutos. Al terminar, Roberts asintió.

—Es un buen plan. Puede resultar. Bien ideado, estudia dos los menores problemas, creo que tendrá una perfecta realización. Sin embargo, le encuentro algunos defectos. Uno sólo para ser más exacto.



—¿Cuál es el defecto? —preguntó «La Gorda» instantáneamente.

Roberts señaló a la pelirroja.

—Ella. No puede asistir —dijo.

—¿Por qué no? —protestó Bea—. ¿Crees que no voy a saber portarme con tantos refinamientos como los relamidos personajes que asistirán a la fiesta? Llevaré un vestido especial, que será la admiración de todos...

—No es eso, Bea, y perdona que te haya ofendido, pero si queremos conseguir el brillante, es preciso hacer las cosas bien. Lulú, vosotros me habéis llamado porque, afortunadamente, aún no estoy fichado.

—Es cierto —admitió «La Gorda».

—Pero Bea sí está fichada y, si no me equivoco, Krömatnem habrá instalado un perfecto sistema de detección a la entrada de su residencia.

Bea enseñó orgullosa un espléndido brazo derecho.

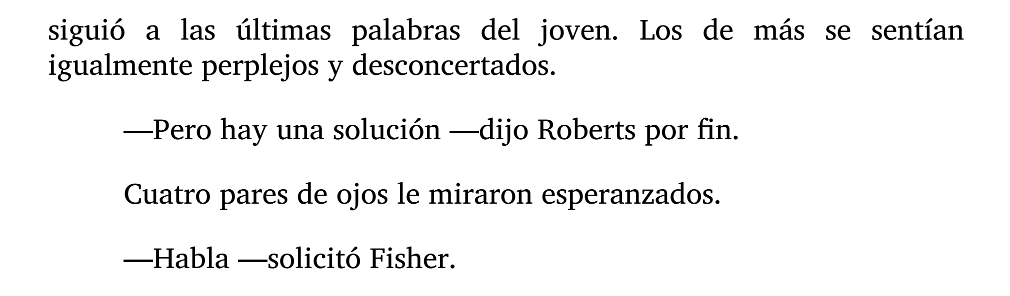
—Cuando me ficharon, me aplicaron el «sello» —dijo—. La ley dice que es obligatorio llevarlo durante el resto de la existencia. Pero, ahora, fíjate bien, está tapado con una pía quita metálica, insertada bajo la piel. La radiactividad no se puede detectar en estas condiciones.

—Te equivocas —repuso Roberts fríamente—. El último modelo de detectores es tan perfecto, que no hay forma de burlar su vigilancia. Sencillamente, en tu caso. Bea, detectaría que «no» detecta. ¿Sabes lo que eso quiere decir?

La pelirroja, consternada, se volvió hacia los otros. —Entonces, ¿qué hacemos? —exclamó.

* * *

Higgins volvió a llenar los vasos. La joven morena no se movió ni tomó un solo trago, se fijó Roberts, en la pausa de silencio que



siguió a las últimas palabras del joven. Los de más se sentían igualmente perplejos y desconcertados.

—Pero hay una solución —dijo Roberts por fin.

Cuatro pares de ojos le miraron esperanzados.

—Habla —solicitó Fisher.

—Me llevaré a ésa… —Roberts señaló a la morena—. Por cierto, aún no sé cómo se llama.

—Nosotros tampoco —respondió Lulú—. Provisionalmente. y hasta que recobre la memoria, le damos el nombre de Betty Brown. claro —añadió con una risilla.

—¿Qué le pasa? —preguntó el joven, extrañado.

— No lo sabemos bien. Neil la encontró en el callejón trasero, completamente desnuda y sin nada que pudiera identificarla. En un principio, creyó que estaba muerta, pero, al rozar su piel, la encontró caliente. Entonces, la trajo a casa y llamamos al doctor Bernley. El matasanos dijo que estaba amnésica. debido a la acción de una potente droga, y que quizá algún día recobraría la memoria. Pero de ello hace ya cuatro semanas y aún sigue como la ves. Dandy.

—Sin embargo, obedece cuando la ordenas algo y es capaz de comer y de moverse —añadió Fisher—. Hemos hecho indagaciones discretas por ahí. pero no hemos podido dar con la menor pista que nos declare su identidad.

—Somos muy filántropos —sonrió «La Gorda»—. Ahora bien, de eso a llevarte a Betty como socia…

- Habéis dicho que Bernley fue el que la atendió —dijo Roberts.

—Sí. No nos atrevimos a llamar a otro médico, para evitarnos problemas con la S-Policía.

—Si Bernley fuese veterinario, no distinguiría un gato de una vaca — exclamó Roberts despectivamente—. Yo tengo un amigo médico infinitamente más capaz y que será discreto. Me llevaré a Betty a casa y si no soy capaz de ponerla en condiciones antes de una semana, me buscaré un empleo de barrendero en el municipio. Pero… —Roberts frotó el índice y el pulgar con un gesto significativo—,

necesito «pasta». Prácticamente, sólo me queda el dinero justo para la cena de esta noche... si no tengo invitada, claro.

Lulú hizo un gesto con la cabeza.

Dale mil «pavos» Max —ordenó.

Fisher le entregó diez billetes, que Roberts guardó inmediatamente en su bolsillo.

—Falla otro detalle —dijo—. El vestuario.

—Lo teníamos preparado para Bea —respondió «La Gorda»—. Pero le sentará bien a Betty. A fin de cuentas, tienen la figura idéntica y ella viste ropas que son de Bea.

Muy bien, ya me enviaréis todo más adelante. Os llamare así que tenga buenas noticias sobre el particular A propósito, cómo habéis adquirido tanta información sobre la «Gran Estrella

Soy el piloto del aeromóvil de Krömatnem y formo parte de la servidumbre contestó Fisher plácidamente.

¿Tenéis comprador para el pedrusco?

¡Eso no te interesa Dandy, dijo Lulú secamente. Tu parte será de doscientos mil pagaderos apenas nos entregues la piedra. Cuando recibamos el importe total, tendrás un millón. Es todo lo que debes saber

Roberts hizo un fingido saludo militar

- Conforme. «Gorda» —Fijó la vista en la morena—, Betty levántate y sígueme

Betty se levantó y le siguió.

CAPÍTULO II

—¿Te has enterado bien de todo lo que debes hacer?

La joven asintió.

—Si, Destry —contestó.

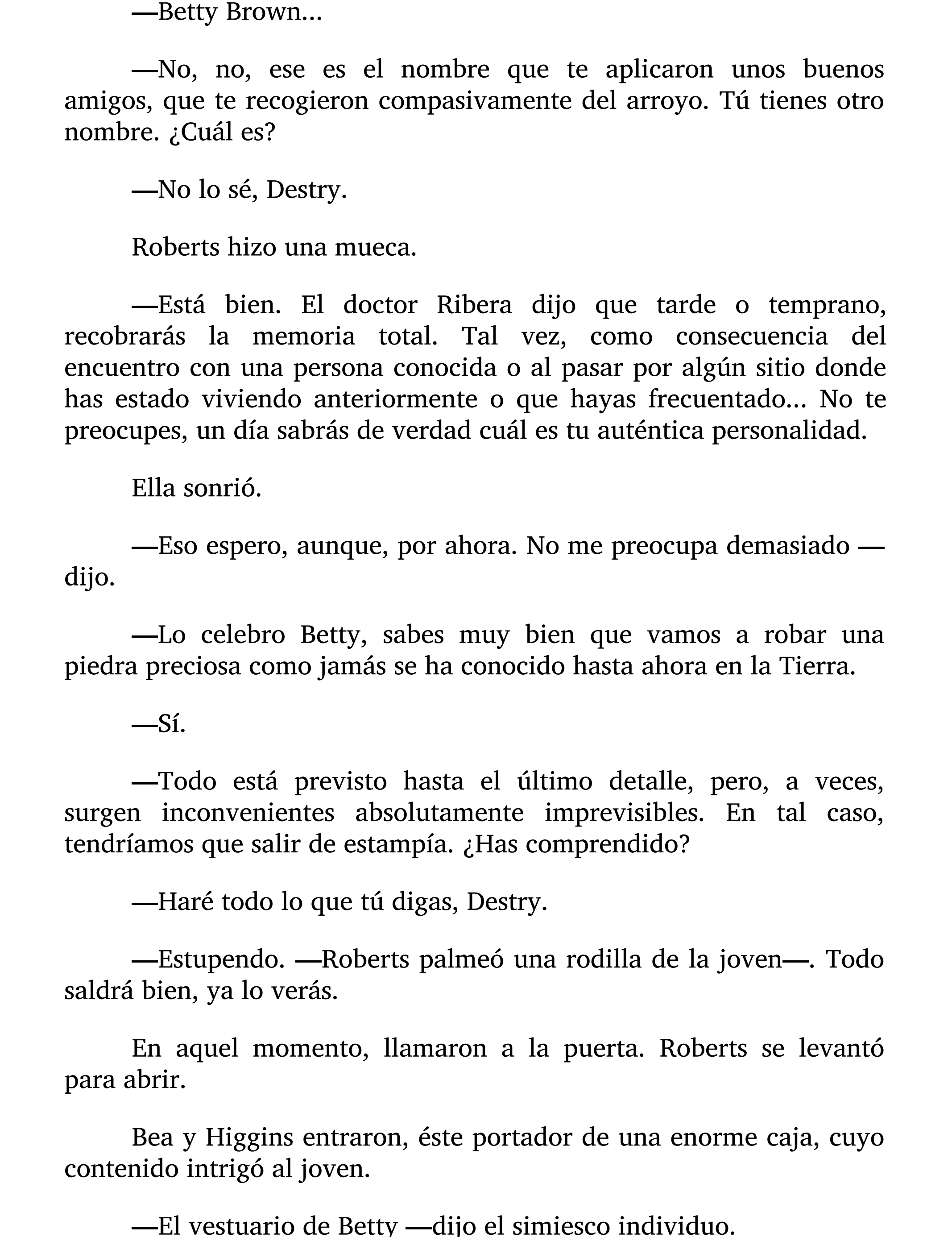
Roberts la contempló durante unos instantes. El tratamiento aplicado por el médico amigo suyo, no había podido resultar más eficaz.

El pelo había recobrado su brillo natural, lo mismo que los ojos, verdosos, profundos. La piel tenía un leve tono tostado, que resultaba enormemente atractivo. Los movimientos corporales eran de una total naturalidad, con una distinción innata, que Roberts, fino observador, no había podido por menos que apreciar. Además, había captado cierto matiz extranjero en el habla, aunque no lograba identificar por dicho detalle la procedencia de la joven.

Sin embargo, persistían algunas secuelas de la causa que había originado la dolencia de la joven. Aún no sabía quién era y tenía una notable tendencia a obedecer sin rechistar las órdenes que le daban.

De pronto, Roberts, sonriendo, exclamó:

—¿Quién eres?



Ella se pasó una mano por la frente.

—Betty Brown…

—No, no, ese es el nombre que te aplicaron unos buenos amigos, que te recogieron compasivamente del arroyo. Tú tienes otro nombre. ¿Cuál es?

—No lo sé, Destry.

Roberts hizo una mueca.

—Está bien. El doctor Ribera dijo que tarde o temprano, recobrarás la memoria total. Tal vez, como consecuencia del encuentro con una persona conocida o al pasar por algún sitio donde has estado viviendo anteriormente o que hayas frecuentado… No te preocupes, un día sabrás de verdad cuál es tu auténtica personalidad.

Ella sonrió.

—Eso espero, aunque, por ahora. No me preocupa demasiado —dijo.

—Lo celebro Betty, sabes muy bien que vamos a robar una piedra preciosa como jamás se ha conocido hasta ahora en la Tierra.

—Sí.

—Todo está previsto hasta el último detalle, pero, a veces, surgen inconvenientes absolutamente imprevisibles. En tal caso, tendríamos que salir de estampía. ¿Has comprendido?

—Haré todo lo que tú digas, Destry.

—Estupendo. —Roberts palmeó una rodilla de la joven—. Todo saldrá bien, ya lo verás.

En aquel momento, llamaron a la puerta. Roberts se levantó para abrir.

Bea y Higgins entraron, éste portador de una enorme caja, cuyo contenido intrigó al joven.

—El vestuario de Betty —dijo el simiesco individuo.

—Yo vengo para probárselo y hacer los retoques que sean necesarios —añadió Bea.

—De acuerdo —accedió Roberts—, Pero falta un detalle. No lo discutimos el otro día.

—¿A qué te refieres? —inquirió la pelirroja hoscamente.

— Betty recibirá una parte análoga a la mía. Agradece los cuidados que le habéis otorgado, pero tiene que pensar también en su futuro. O en un buen abogado, si las cosas salen mal.

—Se lo diré a Lulú cuando vuelva...

Inflexible. Roberts señaló el videófono.

Llámala — ordenó —. Y mañana quiero aquí los doscientos mil de anticipo, ¿entendido?

Bea soltó una interjección muy poco acorde con su aspecto distinguido y sofisticado.

- En lugar de Dandy deberían llmarte «Vampiro» — añadió.
- No ensucies con palabrotas esa bonita boca — rió el joven — Anda, llama a «La Gorda». Se volvió hacia Betty ¿Estás de acuerdo? —consultó.
- Si. Destry — respondió la muchacha.

* * *

La primera barrera de vigilancia estaba compuesta por unos individuos extremadamente atildados, pero en quienes se adivinaban las armas que llevaban bajo las chaquetas. Luego había dos postes que flanqueaban el acceso al jardín, en los que se habían instalado los correspondientes detectores. Aunque el jardín, tan grande como un parque urbano, estaba alumbrado por millares de lámparas de textos los colores, había, sin embargo, más vigilantes situados discretamente en los puntos más sombríos, desde donde podían ver sin ser vistos.

Otra batería de detectores les «registró» antes de la gran escalinata por la que se accedía a la mansión. Un imponente mayordomo les recibió a la entrada y tomó las invitaciones, hábilmente falsificadas por Max Fisher. un artista en su especialidad. Incluso había incluido en la cartulina el hilo de metal radiactivado. de un espesor inferior a la cuarta parte de una décima de milímetro.

Toda tarjeta que no llevase aquella contraseña secreta, sería considerada falsa y su portador arrestado inmediatamente

Roberts y la joven franquearon la última barrera. El mayordomo anunció:

El señor y la señora Roberts.

Casi nadie se volvió para mirarles. El enorme salón de la casa estaba atestado de gente. Krömatnem , pensó el joven, era más presuntuoso aún que rico.

- Que ya es decir —murmuró, mientras aceptaba dos copas que le tendía una doncella portadora de la correspondiente bandeja.

El lujo desbordaba en la mansión. Betty parecía encantada y contemplaba todo con ojos hechizados.

- Me siento la protagonista de un cuento de hadas —declaró.
- Vas a ser protagonista de algo muy distinto —sonrió él—. Vamos a dar un vistazo á la salita donde está el pedrusco.

Dejaron las copas en una consola y cruzaron entre el gentío. Allí se veían caras conocidas en todo el mundo. Y aún faltaban muchas, que, se dijo Roberts. habrían pagado montones de dinero por obtener una invitación para la fiesta.

- Debe de ser muy rico —observó Betty.

Roberts le señaló una especie de escenario, donde actuaba una orquesta de cámara.

—Cada uno de esos músicos es un genio en el piano o en el violín o en el violonchelo. Todos, cobran unas sumas enormes en conciertos normales. Ahora, imagínate cuál será su «cachet» para esta fiesta. Si hubiese un premio Nobel de la música, todos tendrían el suyo.

Fantástico —dijo ella.

Mientras caminaban, seguían observando. De pronto, se tropezaron con un pequeño grupo de personas de ambos sexos.

Roberts reconoció al anfitrión. No le había visto nunca, pero lo

conocía por fotografías. Al lado estaba su bella esposa. Krimilda Krömatnem era una auténtica belleza nórdica, veinticinco años más joven que su esposo. Roberts comprendió que el armador estuviese loco por su mujer.

Cuatro personas más formaban parle del grupo, tres hombres y una mujer. Ella era guapa, aunque ya un tanto madura. Uno de los hombres era un tipo alto, delgado de nariz aguileña, pelo oscuro y mirada penetrante. Parecía un político, acompañado por dos de sus más inmediatos colaboradores.

Krömatnem sonrió.

— Perdonen, pero no tengo el gusto de conocerles. Mi secretario envió tal vez demasiadas invitaciones, aunque, por supuesto, me siento honradísimo con su presencia, señor…

—Roberts, señor. Le presento a mi esposa Betty —dijo el joven.

Krömatnem se inclinó galantemente y besó la mano de la muchacha.

—Es un placer conocerla, señora Roberts —dijo—. Permítanme que les presente a mi esposa, Krimilda, y al excelentísimo embajador de Mitzur, de la Novena Federación de Sistemas del Sexto Sector Galáctico. La señora embajadora y los secretarios de embajada, señores Rok’il y Dunep.

Roberts hizo una serie de inclinaciones de cabeza, como signo de saludo. Cuando le llegó el turno de saludar al embajador, observó algo extraño.

El nombre del embajador era Kreghor Tshan. En su respuesta de cortesía, Roberts notó el mismo acento que había captado en el habla de Betty. Pero eso no era todo.

Los ojos de Tshan estaban hipnóticamente fijos en Betty. En el mismo instante, Roberts sintió que las uñas de la joven se clavaban en su brazo.

Inmediatamente, presintió que algo no marchaba como debiera. Sonrió cortésmente y se alejó de allí, llevando a remolque a la muchacha. Volvió los ojos un instante y advirtió su intensísima palidez.

De pronto, vio una puerta y la abrió. Daba a un saloncito

intimo, desierto en aquellos momentos. Empujó a la muchacha. cerró la puerta y se encaró con ella.

—Bien, Betty. suéltalo de una vez —pidió enérgicamente.

—Destry, ahora ya sé quién soy yo —contestó ella.

* * *

Cuando conoció su identidad, Roberts se quedó estupefacto.

—No puedo creerlo —dijo—. Tú... usted...

—Sigue tratándome como hasta ahora —rogó ella—. Te he dicho la verdad. Es más, podrás comprobarlo con el doctor Ribera. Le pediremos que me examine: verás que no te miento ni tampoco estoy loca.

—Pero... ¿por qué hicieron esto?

—Una sustituta, que se acomodará dócilmente a lo que Zirrun Bar-Neigh quiera.

—Esto parece una intriga cortesana de hace cuatrocientos años, en la Tierra...

—En mi caso, es una completa realidad, Destry.

Roberts se acarició el mentón. Verdaderamente, no había por qué dudar de las afirmaciones de la joven. El doctor Ribera lo había predicho: podía recobrar la memoria en cualquier momento, mediante un «shock» causado por el encuentro con una persona conocida o un lugar ya habitado o visitado con anterioridad.

—Y el encuentro se ha producido —murmuró.

—Sí. Tshan, el embajador, es hombre adicto a Bar-Neigh. Hizo todo lo que éste le pidió.

—Bueno, tú recuerdas que saliste de la fiesta de la embajada para tomar un poco el fresco. Dos individuos te asaltaron...

—Y me desperté en casa de «La Gorda». Ellos me contaron cómo

me habían encontrado y lo que hicieron por mí. Lo único que puedo decirte es que. una vez en el aeromóvil. sentí un pinchazo en el codo y me desvanecí a los pocos momentos.

—Espera un instante —dijo él—. Si sólo pretendían narcotizarte, no tiene sentido el buscar una sustituta para ti, me parece.

—Debían de tenerlo preparado. Ella volvería a la embajada poco después, mientras yo seguía en el aeromóvil, y ya inconsciente. Me encontraron absolutamente desnuda, sin un solo objeto personal encima.

—Se los llevarían a tu doble —opinó el joven—, Pero sigo sin comprender por qué se limitaron a dejarte inconsciente. Si quieren sustituirte, lo lógico es que te quiten de en medio para siempre. Y no ha sido así.

—Eso es lo que yo tampoco comprendo —dijo ella—. Aunque, sin duda, algún día encontraremos la explicación.

Roberts volvió a meditar unos instantes.

- Es todo un conflicto — murmuró—. No puedes salir de aquí, ir al salón y gritar que eres la princesa Sherix Ur-Kor'ph. de Mitzur, cuya coronación tomo emperatriz se celebrará en fecha relativamente próxima. Antes de que hubieras terminado de hablar, ya te sacarían en volandas de la casa rumbo al manicomio más cercano.

—Es cierto —convino ella—. Y por eso tenemos que pensar algo para solucionar mi problema.

—Estoy de acuerdo, pero, ¿no recuerdas qué es lo que hemos venido a hacer aquí?

La joven sonrió

—¿Debe una princesa de sangre imperial convertirse en una ladrona?

Roberts elevó los ojos al techo.

- Menudo conflicto —se lamentó.

—Oh. eso no es lo más importante de todo — contentó ella.

—¿Qué hay más importante?

—Tshan. Me ha reconocido a pesar de mi apariencia tan distinta a la habitual. No sé cómo he podido cambiar, sin haber hecho nada para ello, pero lo cierto es que ahora soy así, morena y de piel tostada Pero mi voz.. Oh Tshan la conoce muy bien, ¿comprendes?

—Bueno, peto algo tenemos que hacer

—Si, escapar inmediatamente. Destry.

Roberts respingó

- Tenemos que llevamos la «Gran Estrella», le recordó.

—No sé si nos quedará tiempo. Tshan me ha reconocido y ahora querrá terminar lo que no pudo acabar hace seis semanas.

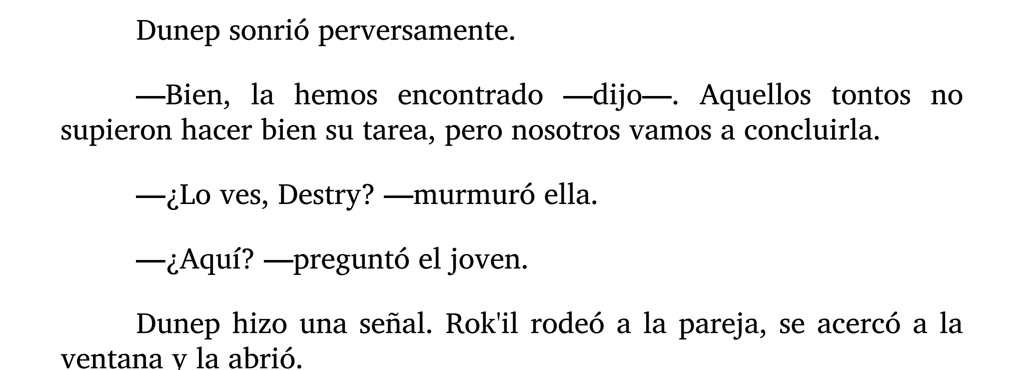
—¿Crees que quiere asesinarte?

—Sí. Destry.

La puerta se abrió en aquel momento, con gran brusquedad. Dos hombres penetraron en el acto. Uno cerró y el otro sacó una pistola de extraño aspecto.

Roberts los reconoció en el acto: eran Rok'il y Dunep, los dos «secretarios» de embajada, quienes parecían dispuestos a confirmar los lúgubres presagios de la muchacha.

CAPÍTULO III



Dunep sonrió perversamente.

—Bien, la hemos encontrado —dijo—. Aquellos tontos no supieron hacer bien su tarea, pero nosotros vamos a concluirla.

—¿Lo ves, Destry? —murmuró ella.

—¿Aquí? —preguntó el joven.

Dunep hizo una señal. Rok'il rodeó a la pareja, se acercó a la ventana y la abrió.

—Esto es una pistola desintegrante —dijo Dunep—, Sus cuerpos se convertirán en humo, que luego se disipará en la atmósfera.

- Esas armas están prohibidas en la Tierra —alegó Roberts.

—Pero no en Mitzur. Ni en la embajada.

—Vosotros no podéis hacer eso —exclamó la joven con gran vehemencia—. Soy vuestra princesa, me debéis obediencia...

—Tú ya no eres nada —atajó Dunep desdeñosamente—. Dentro de un segundo, sólo serás unas volutas de humo...

- Eh, eh, un momento —intervino Roberts—. Dejen que les haga una observación, muy pertinente, dadas las circunstancias. Si disparan esa pistola, se pondrán en marcha las alarmas de radiactividad.

—Están protegidas por un circuito especial, que no afecta a las alarmas, por sofisticadas que sean.

—Caramba, sí que inventan cosas en Mitzur. En cambio, no han sabido inventar nada contra los descuidos en el uso de esas armas.

—¿Qué descuido? —gruñó Dunep.

—El seguro. Lo tiene puesto.

Dunep bajó la vista un instante. Fue suficiente para el joven.

El pie derecho de Roberts se disparó con indescriptible violencia. Se oyó un horrible ruido de huesos rotos, mientras la pistola volaba por los aires. Dunep, con la muñeca deshecha, se arrodilló, el

rostro deformado por una expresión de indescriptible sufrimiento, olvidado de todo cuanto pudiera suceder a su alrededor.

Rok'il metió la mano en el interior de su chaqueta. Roberts se abalanzó contra él.

En el momento del choque, bajó la cabeza. Su frente golpeó contra el pecho del esbirro. Rok'il retrocedió, a causa del impacto de una mole de ochenta y cinco kilos de peso. Su espalda chocó contra la pared y creyó que la frente del joven le hundía la caja torácica.

El aire salió expelido de sus pulmones con gran violencia. Sus ojos se habían vidriado ya. Roberts se irguió, agarró al sujeto por los hombros y bajó la frente otra vez, de golpe, secamente.

El impacto fue ahora dirigido a la nariz, que se aplastó como una fruta madura. Roberts aún le asestó un tercer cabezazo, ahora en el mentón, lo que fue suficiente para que el sujeto se desplomase sin sentido en el suelo.

Dunep, un tanto repuesto, gateaba, con la mano izquierda tendida para llegar a su pistola. Roberts dio un salto y disparó de nuevo el pie, contra el mentón del sujeto, cuyo cuello se dobló bruscamente a un lado. Roberts no oyó ruido de vértebras rotas, pero calculó que Dunep llevaría un collar rígido durante unas cuantas semanas.

Ella se sentía estupefacta. Roberts la agarró de la mano.

—Ven, Betty... ¿O debo llamarte Sherix? —consultó.

— Ese es mi verdadero nombre y ahora no tengo por qué ocultarlo respondió ella orgullosamente.

Magnifico —sonrió Roberts. Situado junto a la ventana la abrió de par en par y luego pasó el brazo izquierdo por la cintura de la muchacha—, ¡Agárrate bien, Sherix! —gritó, a la vez que sus pies se despegaban del suelo.

Cruzaron la ventana y se elevaron hacia la oscuridad. Roberts procuró situarse en la vertical de la mansión, en la zona donde ya no llegaban las luces. A los pocos minutos y a unos trescientos metros del suelo, derivó hacia la derecha.

No comprendo cómo podemos movernos en el aire —dijo Sherix, pasmada de asombro.

Llevo un cinturón antigravitatorio, pero es de poca potencia: lo justo para salir de aquí —respondió él.

Inmediatamente, comenzaron el descenso. Las luces de la residencia de Krömatnem se divisaban a poco más de mil metros de distancia

Roberts había usado un aeromóvil para llegar a las inmediaciones de la casa, pero tenía otro apostado en el bosque cercano. Una vez en el suelo, corrieron hacia el vehículo, que despegó a los pocos momentos.

Ahora ya estamos a salvo —exclamó él, satisfecho.

Todavía no podemos cantar victoria, como se dice en este planeta Tshan sabe que estoy viva y hará todos los posible por rectificar el error de sus secuaces —declaró la joven.

* * *

Y quietes que yo te ayude?

Si. Destry

Roberts meneó la cabeza. Llenó la cafetera y la puso al fuego.

Me gusta más el café que hago yo que el de la dispensadora de alimentos refunfuñó—, ¿De veras crees que soy el hombre que necesitas Sherix?

—Estoy segura de ello, Destry. No quiero hacerte promesas de ninguna clase, pero si lo consigo, gracias a tu ayuda, no tendrás que quejarte de mi generosidad.

- Lo de menos es el dinero. Lo peor de todo son los riesgos que vamos a correr y eso sin haber salido siquiera de la Tierra.
- Eres inteligente, valeroso, astuto...
- Y muy apegado a mi pellejo.
- Demostraste un valor increíble cuando Dunep iba a disparar contra nosotros.

—Era lo único que podía hacer. Pero no me gustaría volver a

verme otra vez en una situación análoga.

Sherix suspiró.

- La verdad, no sé qué mas decir para convencerte...

—Sherix. aclárame una duda que me ronda por la sesera desde que me explicaste tus propósitos. Supongamos que te ayudo, supongamos que conseguimos llegar a tu residencia imperial. Dime ahora, ¿cómo descubrirás a la impostora? Porque estoy completamente seguro de que es un plan ideado desde hace mucho tiempo y por tanto, lo han tenido de sobra para preparar a tu doble no sólo en lo físico, sino también mentalmente.

La joven sonrió.

—Tienes toda la razón. Destry Pero mi doble no tiene lo que yo tengo y que permite una identificación absoluta, sin resquicio alguno para la duda. Cuando lo declare en público, la impostora se descubrirá. Es todo lo que necesito.

¡Hum! Roberts no se sentía tan optimista Suponiendo que lleguemos a Mitzur. porque a estas horas Tshan ya le habrá informado a tu delegado planetario o como quiera que se llame al primer ministro, y harán todo lo posible para mantener el actual «status quo».

—Llegaremos..

El timbre de la puerta sonó violentamente en aquel instante. Roberts, alarmado, fue a abrir pero apenas había entreabierto la puerta, resultó atropellado por cuatro personas que irrumpieron violentamente, en medio de una tempestad de reproches y maldiciones de todas clases.

* * *

—Meses, meses enteros pasamos planeando el mejor golpe de toda nuestra vida —se quejó «La Gorda».

—Tuve que trabajar —gimió Fisher—. Yo, trabajar... con lo mal que me sienta...

—Y yo me pasé días y días, con agua, nieve, frío, lluvia, sol abrasador, y todas las inclemencias del tiempo, vigilando la casa del armador —vociferó Higgins.

—Para conseguir informes, tuve que acostarme con el ayudante del secretario de Krömatnem —chilló Bea—. ¡Cada vez que le besaba, parecía que estaba besando la boca de una alcantarilla! ¡Le olía el aliento espantosamente!

Roberts intentó parar el alud de reproches que caía sobre ellos, levantando las dos manos a la vez.

—Calma, calma —rogó—. Todo tiene una explicación, pero si no me dejáis hablar, no sabréis qué sucedió ayer realmente.

—Los diarios hablan de un asalto frustrado a la residencia del armador —dijo Lulú—, Dos secretarios de la embajada de Mitzur se toparon casualmente con los ladrones, que se supone iban a por la «Gran Estrella» y trataron valerosamente de impedirlo. Los dos funcionarios diplomáticos están ahora hospitalizados, con diversas lesiones y fracturas...

—Quisieron matarnos. Me defendí —dijo Roberts.

—Pero, ¿cómo diablos os descubrieron? —exclamó Fisher.

—Ella vio a un conocido e, instantáneamente, recobró la memoria de su personalidad.

—¿Ya sabe quién es? —inquirió Bea.

—Sí.

—¡Por todos los diablos, dilo de una vez! —clamó Lulú, frenética.

—No creo que quisieran mataros —gruñó Higgins—. Los diarios no hablan nada de eso...

—Claro, tampoco mencionan las dos pistolas atómicas que llevaban los «secretarios» del embajador Tshan —contestó el joven sarcásticamente—. Tshan reconoció a la chica y ésta le reconoció a él.

—Y entonces, Betty supo que es... —jadeó «La Gorda».

Roberts se apartó a un lado y tendió la mano hacia la muchacha.

—Amigos, tengo el placer y el privilegio de presentaros a su Muy Magnificente y Esplendorosa Alteza Imperial, Sherix Ur-Kor'ph, quien, en fecha próxima, debe ser coronada como emperatriz de Mitzur y su Federación de Sistemas, con el nombre de Sherix II.

Cuatro bocas se abrieron al mismo tiempo. La muchacha sonrió.

—Sherix I fue mi bisabuela —dijo encantadoramente.

* * *

Fisher se sentó en un sillón, cruzó las piernas, se ladeó y se dio una tremenda palmada en la frente.

—El golpe del siglo —gimió—. Bea no podía ir y tuvo que hacerlo en su lugar esa chica que dice ser princesa…

—Lo soy —protestó Sherix.

—Eso no importa ahora —gruñó «La Gorda»—. Suponiendo que tú te marches y desenmascares a la impostora, nosotros nos quedamos aquí… con cuatrocientos mil «pavos» de déficit.

—Tuvimos que rebañar el fondo del caldero, para reunir esa suma —lloró Bea.

—Bien, creo que por ese lado no hay problemas. Afortunadamente, tengo dinero de sobra —declaró la muchacha.

—¿Dinero? —Lulú se irguió en su asiento—. ¿Hablas en serio?

—Apenas llegué a la Tierra, abrí una cuenta corriente, mediante una transferencia de mis fondos personales.

- Habrá sido bloqueada —opinó Roberts.

Sherix se volvió hacia el joven.

- No —contradijo ella—. Nadie conoce la existencia de esos fondos. Bueno, el director del Banco de la Federación, en Mitzur, pero sé que es un hombre absolutamente leal a la casa de Ur-Kor'ph y tengo completa seguridad en su discreción.

—Tshan puede hacer indagaciones...

- Tampoco. Al día siguiente de mi llegada, hice las operaciones bancarias necesarias, incluido el registro de la firma. La cuenta está a nombre de Amanda Connors. Incluso fui con peluca negra, de modo que ahora no tendrían inconveniente en reconocerme, suponiendo que existieran dudas. Ah. y el total de la cuenta es de veinte millones, moneda terrestre.

—¿Para qué tanto dinero? —se asombró Roberts.

—Bueno, quería hacer algunas compras... Es dinero de la fortuna personal de la familia: no son fondos públicos en absoluto. —Sherix se volvió hacia el asombrado cuarteto de visitantes—. Devolveré los cuatrocientos mil dólares, aunque siento que no hayáis podido conseguir la «Gran Estrella».

—Bueno, al menos... sólo hemos perdido el tiempo —se resignó Fisher.

- Aguardad un momento —exclamó Roberts de repente—. Lulú, suponiendo que hubieras conseguido la «Gran Estrella», ¿cuánto estaba dispuesto a pagar el «comprador»?

—Ocho millones, más uno para gastos —respondió «La Gorda».

- Una miseria —calificó Sherix—. Ese pedrusco vale treinta veces más. y eso mal pagado.

—Para nosotros ya, como si no existiera —suspiró Bea. —Un momento, un momento —insistió el joven—, Sherix. ¿cuánto estarías dispuesta a pagar por la ayuda?

—Lo que sea necesario. No lo hago por mí, sino por los que sufrirán la tiranía de Bar Neigh...

—¿Dos millones por barba, más gastos?

—De acuerdo. Tendrás los dos millones.

Serán diez en total, porque esta pandilla de lustrados van a formar parte de la tropa de socorro que estás necesitando.

El mantecoso cuerpo de Lulú se agitó en el diván.

—Estás loco —resopló.

—Espera, esto parece interesante —dijo Fisher.

—¿Dos millones limpios? —preguntó Bea.

—Antes de abandonar la Tierra, haré los depósitos bancarios correspondientes —aseguró Sherix.

—Grrr… — hizo Higgins.

—¿Qué dice? —preguntó la muchacha.

Nada, sólo gruñe. Pero está muy contento —«tradujo» Lulú sarcástica.

- Bien, suponiendo que nos consideremos enrolados en tu tropa, ¿cuál es el papel que nos has asignado. Destry? — quiso saber Fisher.

—Aproximadamente, el mismo que habéis hecho para conseguir... Bueno, quería decir que estuvisteis a punto de conseguir la «Gran Estrella». Lulú será la proveedora de todo cuanto se necesite. Fisher, tú la inteligencia. Bea. la seducción, si se necesita.

—También sé luchar —declaró la interesada.

—Usa mejor tus encantos. Y si es preciso, aguanta el mal olor de boca de tus victimas. Y tú, Neil, representarás la fuerza que se necesita en momentos críticos. Naturalmente, yo dirigiré las operaciones, asesorado, en determinados momentos. por Sherix.

—¡Ugh! —dijo Higgins—, Yo hombre muy fuerte. Yo más músculos que nadie...

Y, de súbito, disparó el puño derecho contra la pared más cercana. Se oyó un fenomenal estrépito y ruido de ladrillos que caían al otro lado. El tremendo golpe abrió un agujero de casi un metro, a través del cual penetró el chillido de pánico de una mujer.

- ¡Nos bombardean, Peter!

El hombre estaba en la cama, desnudo, y miró boquiabierto el orificio circular.

—Cielos, ¿qué ha pasado aquí?

Roberts emitió una risita de circunstancias.

—Hoy día construyen las casas de papel —dijo.

Sacó unos cuantos billetes del bolsillo y los lanzó a través del agujero.

— Para cubrir los gastos de reparación —añadió—, Y sigan, como si nosotros no estuviéramos. Que es lo que va a suceder antes de un minuto, porque nos vamos ahora mismo. — Roberts dio un par de palmadas—, ¡Vamos, en marcha todo el mundo!

CAPÍTULO IV

—El astropuerto está lleno de esbirros de Tshan —informó Fisher—. Hay gente que pertenece a la embajada, pero también ha contratado terrestres. No podremos dar un solo paso sin que nos descubran.

Roberts asintió.

—Calculaba que harían una cosa semejante —dijo.

Lulú entró, resoplando como una foca.

—Dios, lo que me ha costado todo —se quejó. El butacón gimió bajo su peso y Roberts llegó a pensar que se iba a romper en mil pedazos, pero soportó bien el impacto—. He dicho que lo tengo todo. Algunas cosas vendrán directamente aquí...

Se puso una mano en el voluminoso pecho.

—Me ahogo…

Riendo, Sherix le acercó un vaso con vino.

—Descansa —dijo—. Lulú, la verdad es que estás demasiado gruesa. ¿Por qué no haces una cura de adelgazamiento?

—Imposible. Lo mío no tiene remedio. Es cuestión de la naturaleza…

—En Mitzur podrían solucionarte el problema.

—¿Seguro?

Bea entró en aquel instante, con la indumentaria y el aire de una vampiresa de tiempos pasados.

—Solucionado —dijo, satisfecha.

—¿De veras? —preguntó Roberts.

—El oficial de control se derrite por mí. Bailaría de coronilla sobre vidrios rotos si se lo pidiera.

- Muy bien, otro problema menos —exclamó el joven, satisfecho.

En la puerta se oyó un ruido sordo. Roberts abrió y se encontró con una enorme caja de cartón, sostenida por dos manos de hombre prehistórico.

—¿Dónde dejo el cacharro? —preguntó Higgins.

—Ven, yo te guiaré…

La caja quedó en el centro de la estancia. Higgins apareció a continuación, sonriendo anchamente.

—Pero no entiendo para qué necesitamos un ataúd —dijo—, Está abajo, en el aeromóvil de carga…

- Déjalo por ahora. —El joven se volvió hacia los demás—. ¿Tenéis preparadas las ropas adecuadas?

Hubo una respuesta unánimemente afirmativa. Roberts consultó la hora.

—Bien, tenemos tiempo de sobra —dijo—. Sherix, deberías probarte el disfraz, para que hagas unos movimientos, a fin de entrenarte cuando llegue el momento

—Está bien —accedió la muchacha. Miró a todos los presentes y sonrió—. Creo que lo conseguiremos, aunque no debo ocultaros las dificultades de la empresa. Pero cuando llegue al puesto que me corresponde, jamás olvidaré lo que estáis haciendo por mí.

—Anda, anda, pruébate el traje —refunfuñó Lulú—. Ya tendrás ocasión de darnos las gracias, no te preocupes.

—Abriré la caja —se ofreció Higgins.

Roberts sonrió.

La idea general había sido de Fisher, con algunos retoques añadidos por su parte. Calcularon desde el principio que el astropuerto estaría vigilado y, por tanto, decidieron actuar de forma que pudiesen burlar sin dificultad las barreras que, sin duda, iba a ponerles el embajador de Mitzur

El oficial jefe de aduanas examinó atentamente los documentos que le presentaba Fisher, rigurosamente vestido de negro.

—De modo que se llevan el cuerpo a Mitzur —dijo.

Fisher señaló hacia Roberts. que parecía anonadado y se apoyaba en Lulú. También vestían de negro, lo mismo que Bea y Higgins. que era portador de dos enormes maletas.

—Así es. capitán —contestó Fisher—. Mi hermano estaba locamente enamorado de ella. Cuando la pobre sintió inminente su muerte, expresó su deseo de yacer en el planeta donde había abierto los ojos a la luz por primera vez. Nosotros, la familia de mi hermano, le ayudamos a cumplimentar tan triste petición…

El oficial señaló al robot que permanecía inmóvil a pocos pasos de distancia.

—Veo que se llevan esa máquina. ¿Tienen autorización?

—Sí. capitán —Fisher enseñó otra pila de papeles—. Aunque me esté mal el decirlo, soy representante de la *Intermundial Robotic* y. puesto que viajamos a Mitzur. aprovecharé la ocasión para exponer el último modelo salido de nuestra factoría. ¿Quiere probarlo, capitán?

—No, gracias.

La mano del capitán se movió, estampando sellos de todas clases en el primero de papeles que le habían presentado a la aprobación.

—Pueden pasar —dijo al fin.

Roberts franqueó el pasadizo, apoyado en Lulú.

—Repórtate, hijo: aún eres joven... —dijo «La Gorda».

—No me casaré jamás, mamá: nunca encontraré a otra como ella...

Con el rabillo del ojo. vio un par de tipos que le parecieron sospechosos y que daban la sensación de estar pasando el rato. Detrás de él pasaron Bea, con la mano en el brazo de Fisher, y el robot, con su paso relativamente torpe, propio de un hombre mecánico

Higgins cerraba la procesión, empujando el carrito donde, se hallaba el féretro, de maderas nobles, adornadas con ricos herrajes. Salieron a la explanada y se dirigieron hacia el lugar donde se hallaba estacionada la astronave que había de transportarles hasta Mitzur.

Un par de guardias se cruzaron con ellos y se descubrieron cortésmente. Fisher agradeció la gentileza con una leve sonrisa y una inclinación de cabeza. Pero no se sentía aún muy tranquilo.

—Doscientos metros... —murmuró.

Sin abandonar su actitud afligida, Roberts miraba continuamente a un lado y a otro. Cuando estaban solamente a cincuenta metros de la nave, vio que una docena de hombres convergían rápidamente hacia ellos.

—Ahí están —dijo.

—¡Alto! —gritó uno de ellos, en cuyo cuello se veía un recio vendaje rígido.

—Es Dunep —indicó el joven.

—¡Párense! —aulló el esbirro.

La comitiva aceleró el paso, aunque no mucho, ya que el robot no podía seguirles con el mismo ritmo. Bruscamente, el grupo de

hombres cayó sobre los viajeros.

—¡Vamos, lárguense! —aulló Dunep—, Vosotros, llevaos el féretro.

Cuatro hombres empujaron la carretilla, corriendo a toda velocidad. Dunep se puso delante de «La Gorda» y miró un instante al joven. Luego, de súbito, le sacó la lengua en son de burla.

—Mamá, ¿qué le pasa a este tipo? —preguntó Roberts afligidamente.

—Nada, hijo; hay mucho chiflado en estos tiempos...

Dunep soltó una risita.

—Buen viaje, estúpidos.

Siguieron andando. Roberts entró el primero en la nave.

—Voy a ocuparme de los mandos —anunció—. Neil, sube el robot a bordo.

—Está bien.

Desde la escotilla, contempló la escena que se producía a ciento cincuenta metros de distancia. Tshan, el embajador, y

Vryd Hnoll, primer secretario, estaban junto al féretro, rodeados por los esbirros.

—Abre, Dunep —ordenó Tshan.

Dunep levantó las presillas que cerraban la tapa. Luego alzó ésta. Algo parecido al maullido de mil gatos hambrientos, peleándose por un solo ratón, brotó del interior del féretro, a la vez que se levantaba un palo con una pequeña pancarta, que decía: ¡ADIOS, TONTOS!

Tshan apretó los labios. Sus ojos fueron hacia la nave, que aún tenía abierta la escotilla de acceso. Uno de los pasajeros izaba a pulso una cosa brillante, metálica, con el vago aspecto de un ser humano.

De pronto, comprendió la verdad.

—¡Estúpidos de nosotros! —gritó—. ¡El robot! ¡Ella está dentro del robot! ¡Vamos, es preciso impedir que levanten el vuelo!

Olvidando la dignidad de su cargo, Tshan echó a correr hacia la astronave, seguido de su colección de esbirros. Cuando estaba a cincuenta metros, volvió la cabeza hacia Dunep.

—¡Dispara a las patas de sustentación! —rugió—. Ya arreglaré yo luego los conflictos que puedan producirse.

Dunep se detuvo. Sacó su pistola, agarrándola con ambas manos, tomó puntería y apretó el gatillo.

La nave escoró en el acto. Tshan lanzó un aullido de júbilo.

—¡Ya son nuestros! Podrían volar perfectamente sin tren de aterrizaje, pero la torre de control no les dará permiso para el despegue, con una avería de esa índole.

—Tendremos problemas... —jadeó Hnoll.

—Yo resolveré todas las dificultades. Bar-Neigh me echará una mano, si es necesario. Vamos, ya estamos llegando. Para su edad, Tshan tenía una notable agilidad y fue el primero en alcanzar la escotilla. Trepó rápidamente la media docena de peldaños, entró en la nave y lanzó un grito:

—No se molesten en despegar; la torre de control les ha prohibido levantar el vuelo.

Dio unos pasos más y se detuvo, desconcertado.

—No hay nadie —dijo, pálido como un difunto.

Hnoll, Dunep y los otros se dispersaron por el interior de la astronave. Tshan se sentía completamente desconcertado.

De pronto. Hnoll lanzó un aullido:

—¡Embajador, aquí!

Tshan corrió hacia el espacioso salón central, provisto de grandes ventanales. Al otro lado y a menos de diez metros de distancia, una nave, algo más pequeña, pero perfectamente capacitada para viajes interestelares, empezaba a levantarse del suelo.

El redondo rostro de Lulú asomó a una de las lucernas. «La Gorda» se puso los pulgares en las orejas, movió las manos y sacó la lengua.

Segundos después, la nave, pilotada por Roberts, iniciaba el proceso de aceleración, ascendiendo verticalmente con mayor velocidad. Un minuto más tarde, había desaparecido en las alturas.

Tshan procuró normalizar la respiración.

—Ha sido una buena jugada, pero aún no hemos terminado —dijo—. Volvamos a la embajada; enviaré inmediatamente un despacho cifrado, para que las naves de patrulla salgan al encuentro de ésa y la destruyan.

* * *

Cuando estaban ya fuera de la atmósfera terrestre, el robot lanzó un grito de socorro:

—¡Sáquenme de aquí: me estoy asfixiando!

Fisher corrió hacia el robot y le arrancó la cabeza. La de Sherix apareció en el acto.

—Uf, ya empezaba a sentirme atacada de claustrofobia —dijo—. El truco ha sido bueno, pero no me gustaría tener que repetirlo.

Bea soltó una risita.

—Debiéramos haber metido a Lulú; con lo que sé suda ahí adentro, habría perdido al menos una docena de kilos de sebo.

«La Gorda» emitió un bufido. Fisher y Higgins despiezaron la armadura del robot, que no era sino la envoltura de uno de tales artefactos, desprovisto totalmente de la maquinaria interior.

Sherix se vio al fin libre de aquel disfraz opresor.

—Creo que necesito un baño y cambiarme de ropa —sonrió.

Lulú palmeó sus hombros.

—Bueno, hemos salido ya —exclamó—. Dentro de un par de semanas, correremos al traidor a escobazos, tenlo por seguro.

—No seas tan optimista —contestó Sherix—, Las cosas no están

tan fáciles como parece. Estoy segura de que Tshan enviará un mensaje a Bar-Neigh, para que sus naves de patrulla nos intercepten antes de llegar a Mitzur. Y antes, además, habré de hacer otra cosa indispensable, si quiero conseguir volver a mi puesto.

—¿Qué es, Sherix? —preguntó Bea. muy intrigada.

—Perdona, pero me siento un poco cansada. Hablaremos después del baño, por favor.

CAPÍTULO V

La nave volaba a velocidades sublumínicas. En un tiempo increíblemente corto, se hallaban ya a punto de salir del Sistema Solar. Roberts había conectado el piloto automático, que seguiría funcionando hasta el momento de iniciar el salto al subespacio.

Sobre la mesa del salón, Sherix había extendido una carta estelar. Su índice señaló un punto en el mapa.

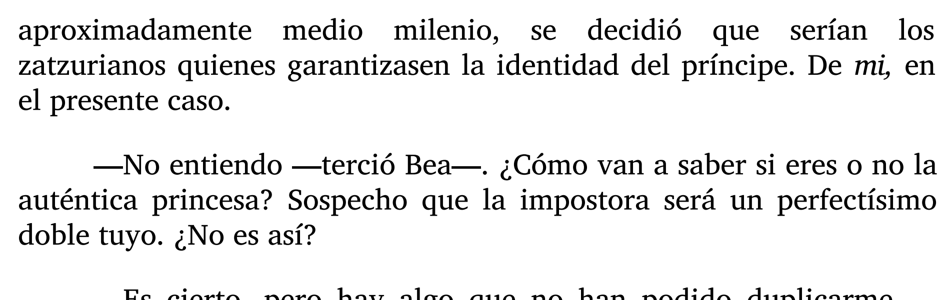
—Este es Zatzur —dijo—. Lo primero que debemos hacer es llegar a este planeta, apenas hayamos salido en las proximidades del sistema de Mitzur.

—¿Por qué? —preguntó Roberts.

—Es una tradición inmemorial y ningún jefe de Estado de Mitzur ha osado jamás quebrantarla. Todo príncipe que debe ser coronado emperador, tiene que viajar a Zatzur y conseguir el beneplácito de sus habitantes. Zatzur, sin embargo, está prácticamente despoblado. Apenas si tiene dos millones de habitantes, que viven en un espacio relativamente pequeño. Hay, digamos, una especie de consejo de ancianos, presidido no por el de mayor edad, sino por el de mayor agudeza psicofísica, y el príncipe debe obtener la aprobación de ese sanhedrín, si quiere ser coronado.

—Un rito ancestral —comentó Fisher.

—Del que nadie se ha sustraído en cientos de años —dijo Sherix —. No es el mío el primer caso de suplantación; por eso, hace



aproximadamente medio milenio, se decidió que serían los zatzurianos quienes garantizasen la identidad del príncipe. De *mi,* en el presente caso.

—No entiendo —terció Bea—. ¿Cómo van a saber si eres o no la auténtica princesa? Sospecho que la impostora será un perfectísimo doble tuyo. ¿No es así?

—Es cierto, pero hay algo que no han podido duplicarme —Sherix se tocó la frente con el índice—. Pueden copiar mi cuerpo hasta el último poro, pero no mi mente.

—Eso tiene mucho interés —convino «La Gorda»—. ¿Son telépatas?

—Así se podría definir, aunque no en el sentido estricto de la palabra. Tienen un sexto sentido enormemente desarrollado, que podría calificarse muy bien de telepatía. Pero no usan ese sexto sentido para penetrar en otras mentes, cosa que no hacen normalmente, sino para su vida cotidiana. Sin ese sentido, perecerían.

Roberts adivinó la verdad.

—Son ciegos —exclamó.

—Así es —confirmó la muchacha.

Bea se horrorizó. Higgins remitió uno de sus característicos gruñidos.

—Bien —intervino Fisher—. ¿Y después?

—Después, no. Antes haremos un transbordo.

Roberts dio un respingo.

—¿Qué es eso de transbordo? —inquirió.

—Cambiar de nave, zoquete —dijo «La Gorda».

—Esto es algo que yo he hecho por mi cuenta —explicó Sherix —, Tengo aún buenos amigos en Mitzur, pero sé que están vigilados. Sin embargo, habrán enviado una nave armada, a los límites de la zona de salto subespacial.

—Una nave armada —se lamentó Lulú.

—Es necesario, porque o bien tratan de impedirnos llegar a Zatzur o nos atacarán una vez haya sido reconocida como legítima princesa.

Fisher se acercó a la compuerta interna de la esclusa que permitía el acceso o la salida de la nave.

—Es una lástima. Como no pone «Prohibido apearse en marcha», me largo ahora mismo...

Bea lo agarró por un brazo.

—No seas loco; podrías romperte la crisma al caer sobre algo duro —dijo riendo.

Fisher se volvió hacia la muchacha.

—Sherix, ¿crees de verdad que tendremos que combatir con las naves de Bar-Neigh? —preguntó afligidamente.

—Hay un noventa y nueve por ciento de probabilidades en favor del encuentro armado —contestó ella muy seria—. Pero no te preocupes; soy buena artillera y sabremos abrirnos paso.

* * *

El transbordo se efectuó sin problemas. Una vez dentro de la nueva astronave, Roberts se quedó pasmado de la belleza de su interior, que no excluía una completa funcionalidad. Mientras, Sherix revisaba el puesto de dirección de tiro.

—No me siento demasiado tranquila aquí —objetó Bea.

Sherix llamó al joven.

—Destry, tú pilotarás —dijo—. La nave, en esencia, es idéntica a una terrestre. Sólo varían los métodos ofensivos y defensivos. Pero de ello me encargo yo.

—Está bien. Tendrás que indicarme el rumbo que hemos de seguir para llegar a Zatzur.

—Espera un poco. Antes quiero señalar a cada uno el puesto que

debe ocupar ante la inminencia de un ataque. Los sistemas automáticos de alarma lo indicarán con diez minutos de tiempo solamente, pero será más que suficiente.

Sherix agarró a Lulú por uno de sus carnosos brazos y la situó ante lo que parecía un cubículo apenas mayor que un ataúd.

—Este es un puesto de resguardo para un no combatiente —dijo —. Apenas oigas sonar la alarma, y hará bastante ruido, corre aquí. Entra y presiona este botón verde que ves a la derecha. Luego baja la palanca con empuñadura roja. La puerta se cerrará automáticamente y quedarás rodeada por elementos antichoque, que evitarán cualquier daño que pudiera producirte un movimiento demasiado brusco de la nave. ¿Lo has entendido bien?

La saliva pasó con dificultad por la gruesa garganta de Lulú.

—Lo que hay que hacer para ganarse dos millones...

Fisher, Bea y Higgins aprendieron también el lugar donde se hallaban sus respectivos cubículos de seguridad. Cuando terminó, Sherix dijo:

—Ahora te toca a ti, Destry.

La sala de mando era grande, espaciosa. El director de fuego se sentaba ante una consola situada a un nivel más elevado que el puesto del piloto. Delante de su asiento, Sherix disponía de una serie de pantallas e indicadores que, le explicó, le señalarían en todo momento la situación y arma mentó de las posibles naves atacantes.

—Y, ¿qué clase de armamento es el nuestro? —preguntó Roberts.

—El más sofisticado, Destry. Como decís en la Tierra, «el último grito».

Roberts sonrió.

—Si salgo de ésta, tendré muchas cosas que contar a mis nietos —dijo alegremente.

Ella le miró sorprendida.

—No sabía que estuvieras casado —exclamó.

—No estoy casado.

—Entonces, tienes novia…

—Tampoco, pero algún día la tendré, me casaré, vendrán los niños… ¿Y tú, Sherix?

La mirada de la joven se hizo súbitamente soñadora.

—Es el hombre más guapo del mundo, el más apuesto y el más gentil —contestó—. Se llama Onlo Mirrel y, en cuanto haya desenmascarado a la impostora, me casaré con él.

Roberts parpadeó. Sonrió. Detrás de su sonrisa, había una profunda decepción por la inesperada respuesta de Sherix.

* * *

El chirrido estridente se produjo cuando todos dormían profundamente. Era como si una sierra gigante estuviese aserrando una barra de hierro tan gruesa como el tronco de un secuoya. Roberts saltó de la cama y, vestido solamente con unos «shorts», corrió al puesto de mando.

En el camino se encontró con Sherix, que se ponía precipitadamente unos pantalones cortos. La joven, sin embargo, llevaba el pecho desnudo.

—Desconecta el piloto automático y espera mis instrucciones —dijo ella—. Haz funcionar los mecanismos de protección; tienen interfono conectado también.

—De acuerdo.

Fisher, Higgins y Bea corrieron a los cubículos de seguridad. Sherix ayudó a Lulú a entrar en el suyo.

—No temas —sonrió la muchacha—. Todo saldrá bien.

—Dios mío, no sé si mi corazón podrá resistirlo… —gimoteó «La Gorda».

—Pero si no tienes cuarenta años —exclamó Sherix—. Anda, entra ahí; el tiempo pasa volando.

Sherix corrió inmediatamente al puesto de director de tiro. Movió una palanca y, en el acto, se vio rodeada por una espesa armadura antichoque, que, no obstante, le permitía una notable libertad de movimientos en los brazos.

Inmediatamente, tocó una tecla y dijo:

—Estamos a tres minutos y veintiséis segundos del primer contacto. No temáis, la nave es absolutamente invulnerable. Puede que sintáis algunas sacudidas, pero no sufriréis el menor daño. Tened confianza en mí.

El micrófono estaba conectado no sólo con el caparazón del piloto, sino con los cubículos de seguridad para los no combatientes. Sherix quería tranquilizar a los otros pasajeros de la nave.

Y añadió:

—¿Dispuesto, Destry?

—Sí, Sherix.

—Atento a los controles de fuego. Desconecta seguros.

—Seguros desconectados.

—Activa mecanismos automáticos de pantallas de protección.

—Activados.

—Cuadro de indicadores de disparos.

—Todos en rojo.

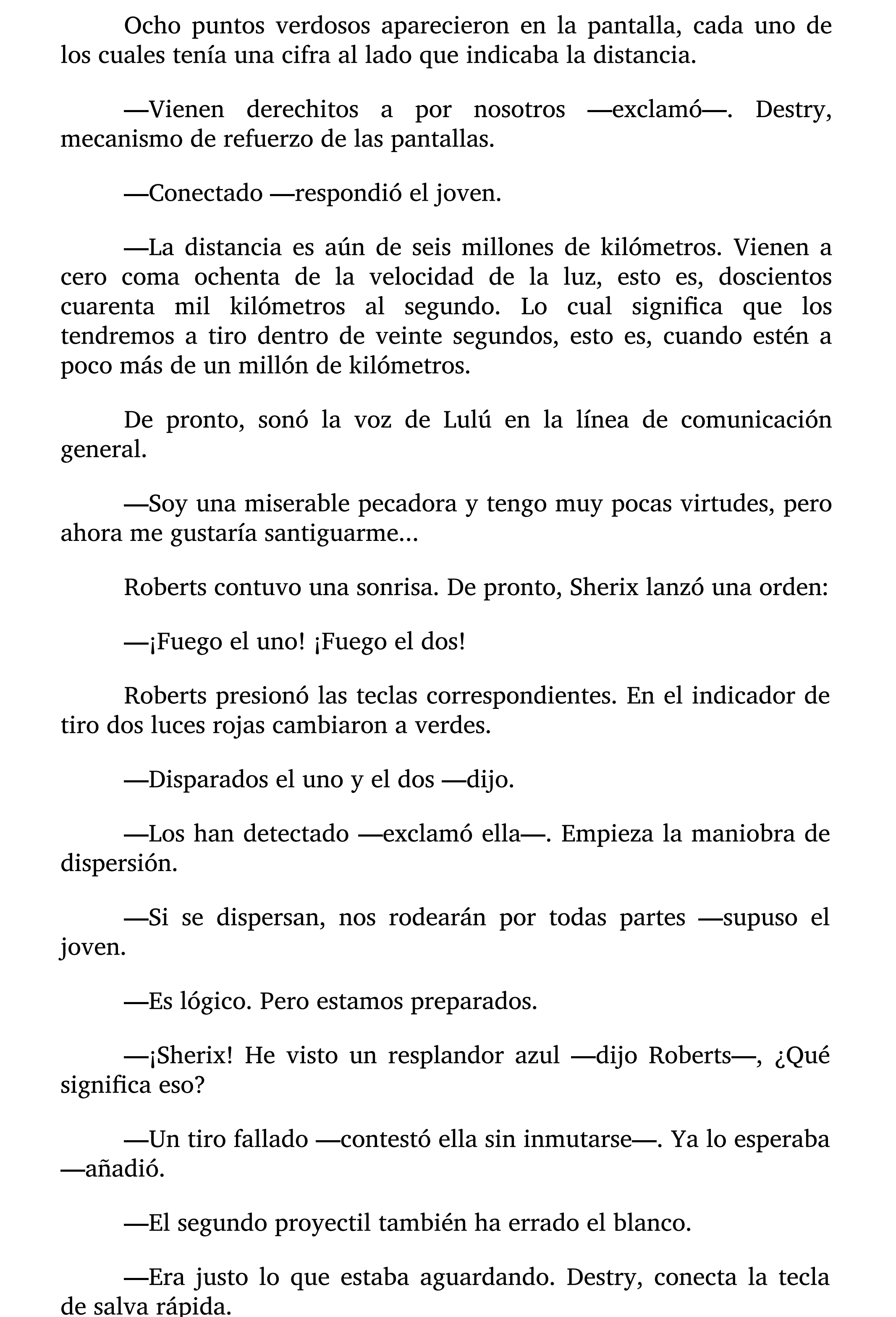
—Conecta la computadora de tiro.

—Conectada la computadora de tiro.

Sherix lanzó una ojeada a las pantallas. Una de ellas, más pequeña, era un reloj digital, en donde las cifras de segundos disminuían rítmicamente.

Bisbiseó, contando mentalmente, cuando empezó a transcurrir el último minuto:

—Treinta... veintiséis... veinte... quince... diez... cinco... —Alzó la voz—. Tres... Dos... Uno... *¡Contacto!*



Ocho puntos verdosos aparecieron en la pantalla, cada uno de los cuales tenía una cifra al lado que indicaba la distancia.

—Vienen derechitos a por nosotros —exclamó—. Destry, mecanismo de refuerzo de las pantallas.

—Conectado —respondió el joven.

—La distancia es aún de seis millones de kilómetros. Vienen a cero coma ochenta de la velocidad de la luz, esto es, doscientos cuarenta mil kilómetros al segundo. Lo cual significa que los tendremos a tiro dentro de veinte segundos, esto es, cuando estén a poco más de un millón de kilómetros.

De pronto, sonó la voz de Lulú en la línea de comunicación general.

—Soy una miserable pecadora y tengo muy pocas virtudes, pero ahora me gustaría santiguarme...

Roberts contuvo una sonrisa. De pronto, Sherix lanzó una orden:

—¡Fuego el uno! ¡Fuego el dos!

Roberts presionó las teclas correspondientes. En el indicador de tiro dos luces rojas cambiaron a verdes.

—Disparados el uno y el dos —dijo.

—Los han detectado —exclamó ella—. Empieza la maniobra de dispersión.

—Si se dispersan, nos rodearán por todas partes —supuso el joven.

—Es lógico. Pero estamos preparados.

—¡Sherix! He visto un resplandor azul —dijo Roberts—, ¿Qué significa eso?

—Un tiro fallado —contestó ella sin inmutarse—. Ya lo esperaba —añadió.

—El segundo proyectil también ha errado el blanco.

—Era justo lo que estaba aguardando. Destry, conecta la tecla de salva rápida.

—Ya está.

—Muy bien. Ahora conecta la de B.I.B.

—Conectada la B.I.B. Oye, ¿qué diablos significa eso —preguntó desconcertado.

—preguntó Roberts, desconcertado.

— Búsqueda Infalible del Blanco. ¿Preparado?

—Sí, desde luego.

Sherix contempló todavía unos instantes las restantes pantallas. Las naves atacantes se habían situado ahora de tal modo que les rodeaban por todas partes.

—¡Han abierto el fuego! —gritó—. Cada una de ellas ha disparado cuatro proyectiles.

Dentro de su cubículo. «La Gorda» empezó a rezar:

—Santa María, Madre de Dios…

Dos rayas escarlatas parecieron dirigirse rectamente hacia la proa de la nave. Roberts se echó hacia atrás de forma instintiva.

De pronto, Sherix anunció:

—Estamos a cinco segundos de la primera salva de los atacantes.

CAPÍTULO VI

Roberts contó mentalmente los últimos segundos, envuelto en una agonía de incertidumbre. Más rayas de color rojo fuego convergían velozmente hacia la nave. No sentiría nada si eran alcanzados, se tranquilizó en cierto modo. Pero, ¿por qué no daba Sherix la orden de fuego?

De repente, todo el firmamento pareció estallar en una orgía de luces deslumbrantes de todos los colores. Los fogonazos de las explosiones poseían una intensidad aterradora. Después de cada explosión, surgía una nube de humo que, sin embargo, se disipaba rápidamente en el espacio.

Un segundo después del primer fogonazo, la nave empezó a moverse.

—Estamos recibiendo los efectos de las ondas explosivas —anunció Sherix con perfecta sangre fría—. Las pantallas aguantan bien, pese al elevado consumo de energía.

Se oyeron crujidos por algunos sitios. De pronto, Roberts, aterrado, vio surgir una línea de trazado irregular en uno de los vidrios que tenía ante sus ojos.

—¡Se ha abierto una grieta! —bramó.

—Pulsa la tecla amarilla número dos —ordenó ella.

Roberts obedeció. Un largo y delgado brazo de metal, provisto de lo que parecía un frasquito de alguna bebida, surgió de inmediato bajo el cristal. La boca del frasco expelió un líquido denso y de color azulado, que fue a parar directamente a la grieta.

—Pero, ¿no disparamos? —se asombró e indignó a un tiempo.

—Calma —pidió Sherix—, Ya llegará nuestra ocasión. Ahora están recargando los tubos para una segunda salva.

—Dios mío, perdóname todos mis pecados... —sollozó Lulú en su cubículo de seguridad.

—Destry, conecta pantalla máxima.

—Conectada —anunció el joven.

Las luces oscilaron y perdieron intensidad.

—Estamos echando mano de los últimos megavatios de energía —dijo Sherix tranquilamente—. Apenas nos queda lo justo para disparar. En este momento, navegamos por inercia, parados los motores por falta de potencia.

—No me gusta esta manera de luchar —se quejó Higgins—. Prefiero los puños.

—Quizá tengas ocasión de usarlos más adelante —sonrió Sherix —. ¡Ahí vienen! —gritó de pronto—. Han rebañado el fondo del barril y nos tiran hasta la llave inglesa.

—Jesús —resopló Fisher.

—Sesenta y cuatro proyectiles —avisó la muchacha fríamente—. ¡Preparaos! ¡Ya están aquí!

Esta vez, el chisporroteo resultó insufrible por su misma violencia luminosa. La nave se movió espantosamente. Roberts temió que se abriese como una sandía arrojada al suelo desde un par de metros de altura. El caparazón de seguridad, se dijo, le había salvado la vida; sin aquel útil artefacto, ahora sería una irreconocible pasta de carne y huesos.

Inesperadamente, Sherix lanzó un fuerte grito:

—¡Destry! Prepárate... Este es el momento; ellos también han consumido la mayor parte de su energía. ¡Aprieta la tecla de salva rápida! *¡Ya!*

Roberts sólo vio unas cuantas estelas rojizas, pero se imaginó a la nave como un erizo de fuego, despidiendo mortíferos proyectiles en todas direcciones, arriba, abajo, a proa, a popa y a los costados. La velocidad de los cohetes era tal, que sus estelas parecían rayas rojas que hubiesen sido pintadas súbitamente en la negrura del firmamento.

—La computadora les ha programado el mecanismo de B.I.B. de la cabeza-piloto —dijo Sherix calmosamente—. Esos proyectiles seguirían buscando su blanco, aunque estuviese ahora a cien millones de kilómetros. Y vuelan a sólo una centésima parte menos de la velocidad de la luz.

«Doscientos noventa y siete mil kilómetros por segundo», pensó el joven.

De pronto, el espacio pareció encenderse y formar un gigantesco globo de luces de todos los colores en torno a la nave. No hubo el menor sonido; estaban en el vacío sideral. Para Roberts, fue un fantástico castillo de fuegos artificiales, como jamás había contemplado en su vida.

Luego, volvió la oscuridad. Sherix anunció:

—Todas las naves atacantes han sido destruidas.

* * *

Un segundo más tarde, ella agregó:

—Podéis abandonar los cubículos de protección. Destry, tú también. En cuanto estés libre, pulsa la tecla de control de averías.

—Está bien —respondió Roberts.

Sherix frunció el ceño. Había captado una nota extraña en la voz de Destry. ¿Qué le sucedía?, se preguntó.

Libre de la coraza de seguridad, se puso en pie, atusándose el cabello maquinalmente. Estaba cansada, pero era más bien el resultado de la tensión nerviosa de los últimos momentos.

Lentamente, descendió del puesto de dirección de tiro.

—Destry, dentro de unos minutos tendremos la respuesta del control de averías —dijo—. Será mejor que tomemos algo; necesitamos reconfortarnos un poco.

—Desde luego.

Los otros estaban ya en el salón. Higgins descorchó una botella.

Bueno, esto hay que celebrarlo —sonrió.

Bea aparecía desmadejada sobre una silla.

—He pasado un miedo horroroso —se lamentó.

—Esto es mejor que callejear en busca de clientes —se burló Fisher.

—Yo creí que me convertiría en un charco de líquido —gimió Lulú.

—Estábamos bien protegidos —sonrió Sherix—. Mis amigos me enviaron lo mejorcito en cuestión de naves de batalla.

Higgins estaba llenando las copas.

—¿Qué explosivo contenían las cabezas de los cohetes? —preguntó.

—M.P.D. 100 —contestó la muchacha—. Que significa: Multiplicador de la Potencia de Deflagración. La cifra cien es el índice de esa potencia. En cuanto al explosivo en sí, es de tipo convencional. En nuestra Federación están severamente proscritas las armas nucleares. A Bar-Neigh podría costarle muy caro usar una sola bomba atómica. Puede atreverse a poner otra impostora en mi lugar, pero no quebrantará ciertas leyes de la Federación.

—Comprendo —dijo Higgins—, Es decir, en ese M.P.D. 100, un kilo de dinamita, por ejemplo, daría los mismos resultados que cien kilos.

—Si tenemos en cuenta que cada cabeza llevaba cinco toneladas de explosivo, puedes calcular la potencia efectiva en el momento de la deflagración.

—¡Rayos! —dijo Fisher—, Quinientas toneladas… Quinientos mil kilos.

—Exactamente —contestó Sherix con encantadora sonrisa—, Pero las explosiones se produjeron a más de cincuenta mil kilómetros. En cambio, las de mis cohetes lo fueron prácticamente encima de los blancos.

—Y no ha quedado ni rastro de esas naves —intervino Bea:

—Ahora son polvo cósmico.

Lulú se estremeció.

—Max. cuando volvamos nos dedicaremos a sencillas estafas:

falsas herencias, premias de lotería y cosas así, ¿eh? No quiero padecer más; si esto sigue mucho tiempo, me moriré de un ataque al corazón.

Sherix se echó a reír.

—Ya hemos pasado lo peor —aseguró. De pronto, reparó en la actitud seria y reservada de Roberts—, Destry, ¿qué te sucede? —exclamó—. ¿No te sientes satisfecho?

El joven inspiró con fuerza.

—Hay algo que me tiene muy preocupado —contestó—. Cierto que estamos vivos, porque nos atacaron y tuvimos que defendernos... Sherix, por favor, ¿qué tripulación llevaban esas naves?

—Cuatro cada una.

—Eran seres humanos, como nosotros. Soldados, seguramente, hombres que obedecían unas órdenes, gente disciplinada, apolítica, de la que no suele preocuparse demasiado de lo que hacen quienes les gobiernan. Han adoptado una profesión y la ejercen lealmente, pero, en esta ocasión, no defendían a su planeta contra la invasión de unas tropas extranjeras. Ahora, y quizá sin saberlo, tomaban parte en una intriga palaciega, de la cual no iban a obtener ningún beneficio.

Roberts miró críticamente a la muchacha. Se había hecho un silencio total.

—Quieres recobrar tu puesto y es lógico y hasta justo. Pero, ¿era lícito hacerlo a costa de las vidas de treinta y dos seres humanos, que no te habían causado el menor daño? —añadió.

Sherix le miraba con asombro.

—Pero... Destry, debieras saberlo... —Se dio una palmada en la frente—. Oh, yo debí habértelo advertido... ¡Las naves atacantes estaban tripuladas por robots!

—¿Es cierto eso? —preguntó Higgins interesadamente.

—Rigurosamente cierto —confirmó Sherix—. Bar-Neigh habría tenido que explicar los motivos de su decisión al comandante en jefe de las fuerzas espaciales. Y, aunque fuese partidario suyo, el comandante no habría querido enviar a sus hombres a un combate en donde había muchas posibilidades de perder la vida. Como Destry dijo

antes, es un soldado profesional y apolítico, pero en su rango ya se pueden tomar ciertas decisiones relacionadas con la política. Simplemente, Bar-Neigh no ha querido correr ese riesgo, porque, entonces, tendría que haber descubierto la impostura.

—¿Cómo sabes que eran robots? —preguntó Fisher.

—Muy sencillo. Un piloto humano no habría caído en el error de enviar todos sus proyectiles en dos salvas. Siempre se habría reservado un cohete, para una emergencia. Los robots fueron programados para destruir esta nave, de acuerdo con la munición existente a bordo, más controles, dirección de tiro y demás. Pero, todavía hoy, un robot no es capaz de discernir como un ser humano.

Sherix sonrió y miró al joven.

—¿Satisfecho ahora, Destry?

—Sí —contestó Roberts—. Sólo espero que no nos hayas engañado...

—He dicho la verdad —protestó ella.

—De acuerdo. Sin embargo, te diré una cosa: no me gustaría tener que disparar sobre uno de tus soldados. Lo entiendes, ¿verdad?

Sherix apretó los labios. Antes de que pudiera decir nada, se oyó un leve campanilleo.

—¿Qué es eso? ¿Otro ataque? —se sobresaltó «La Gorda»—. Ay, madre mía, a mí me va a dar algo...

Sherix le palmeó las carnosas espaldas.

—No temas, es sólo el control de averías. Anuncia que ya tiene listo su informe.

Echó a andar y Higgins se emparejó con ella.

—Te acompaño, si no tienes inconveniente —dijo.

—Ninguno, claro —accedió ella sonriendo.

Un minuto más tarde, Sherix leyó algo que le hizo ponerse pálida. Y también tuvo que dar una patada en e! suelo, para expresar la rabia que sentía.

—¡El cable principal de conexión del generador está roto! —exclamó.

—Bueno, se empalma de nuevo y ya está —dijo Higgins.

—Imposible. Es una avería que sólo se puede reparar en tierra firme.

Roberts entraba en aquel momento y oyó las últimas palabras de la joven.

—¿Significa eso que hemos de aterrizar en alguna parte? —preguntó.

—Sí. Por suerte, hay un planeta a poca distancia...

—¿Y por qué no directamente en Mitzur, Sherix?

—Por la sencilla razón de que, a estas horas, Bar-Neigh sabe ya que sus naves han sido destruidas. Podemos volar, despegar, aterrizar y vivir durante meses enteros con el suministro de los generadores secundarios, pero no establecer una triple pantalla de protección. Ni una sencilla, tan siquiera.

—O sea, si vamos directos a Mitzur, corremos el riesgo de que nos hagan picadillo —terció Higgins.

—Exactamente.

El simiesco individuo se frotó las manos.

—Bueno, entonces, pon rumbo a... ¿cómo has dicho que se llama ese planeta, Sherix?

—Por casualidad nunca más deseada, es Zatzur —respondió la muchacha sonriendo alegremente.

—Magnífico. Así, mientras los zatzurianos te reconocen, yo me ocuparé de reparar la avería.

—Pero, Neil, ¿qué entiendes tú...? —se asombró Sherix.

Higgins guiñó un ojo al joven.

—Ella no sabe que tengo el título de doctor ingeniero astronáutico —contestó, lanzando a continuación una estentórea carcajada.

CAPÍTULO VII

La nave se posó en el suelo sin dificultad, en un lugar donde abundaba la vegetación y no demasiado lejos de un riachuelo, que desaguaba en un lago situado a unos mil metros de distancia. Era un paraje realmente encantador.

—No me importaría quedarme aquí como un Robinson Crusoe —dijo Fisher.

—Te aburrirías a las cuatro semanas —exclamó Bea burlonamente—. Tú no puedes pasar apenas un día sin meter la mano en el bolsillo de alguien...

Sherix había saltado al suelo, provista de una extraña pistola. Roberts se apeó tras ella, portador de una caja de forma cúbica.

—Venid aquí todos —dijo la joven, acuclillada en el suelo—. ¿Veis esta hierba, tan parecida al trébol terrestre? Hay diez o doce, aproximadamente, por metro cuadrado. Destry, entrega a cada uno de los muchachos una pistola fertilizante.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Lulú.

—Es preciso enmascarar la nave.

Roberts repartió las pistolas. Luego, los seis se dispersaron y, ya instruidos por Sherix, dispararon descargas invisibles contra cada una de aquellas plantas tan semejantes al trébol terrestre.

Diez minutos más tarde, ocurrió algo prodigioso.

Las plantas empezaron a crecer con fantástica rapidez, como por arte de magia. Podían contemplar el crecimiento a simple vista, el engrosamiento del tallo principal, el nacimiento de otros tallos y más hojas... En menos de una hora, la nave quedó cubierta por una espesa capa vegetal, que la hacía absolutamente invisible a las miradas ajenas.

—Es increíble —dijo Roberts—, Esto, en la Tierra, podría aplicarse al trigo y a otras plantas alimenticias...

—No —contestó Sherix—, El crecimiento rápido impide la formación de elementos nutritivos. Tú podrías comerte veinte kilos de esa planta, pero no engordarías un solo gramo. Entrarían y saldrían de tu cuerpo, como un chorro de agua lanzado a una jarra sin fondo.

—Bueno, al menos, en el aspecto decorativo...

—Tampoco. Se agostarán antes de una semana. Pero ya habremos reparado la avería.

—Tú y Neil.

—Exactamente —Sherix alargó un poco el cuello—. Destry, ¿aún estás enojado conmigo?

El joven sonrió de mala gana.

—No, claro que no —contestó.

—Escucha, Destry —dijo ella, poniendo una mano sobre el brazo del joven—. Quiero que sepas una cosa: renunciaré a mis pretensiones, si para conseguir recobrar mis títulos se ha de derramar una sola gota de sangre. ¿Has comprendido?

Roberts sonrió.

—Onlo Mirrel es el hombre más afortunado del universo —repuso.

* * *

—¿Está bueno eso? —preguntó Bea.

Roberts se volvió y le ofreció un racimo de unos frutos parecidos a la uva terrestre.

—No se nota apenas la diferencia —dijo.

Bea probó un par de granos.

—Muy buena, en efecto. ¿Has salido a cazar?

—Hay provisiones en la nave.

—Sin embargo, un poco de carne asada encima de unas brasas... ¿O también eres enemigo de derramar la sangre de los animales comestibles? Quiero decir, vegetariano.

—No —rió el joven—. ¡Qué cosas tienes, Bea! De veras, no se me había ocurrido la idea de cazar. Pero puede que la ponga en práctica, si la reparación se prolonga más de lo calculado.

—Neil y Sherix están metidos de lleno en la faena. Destry, ¿te has enamorado de Sherix? —preguntó ella de sopetón.

Roberts se sobresaltó.

—¡Qué tontería! —bufó.

—¿Por qué? Es una mujer guapísima...

—Está prometida a otro.

—Eso no tiene nada que ver, Destry.

• Bueno, en primer lugar, no estoy enamorado de ella. Y aunque lo estuviera, sería perder tiempo... y tranquilidad de ánimo.

—Respiro aliviada —sonrió Bea.

—¿Por qué? ¿Tanto te importan mis asuntos personales?

Bea arrancó un tallo de hierba y lo mordisqueó, a la vez que se apoyaba en el tronco de un árbol.

—Eres un buen amigo —contestó.

—Gracias —dijo él con sorna.

—Y un tipo muy... apuesto.

—Tienes una maravillosa opinión de mí, encanto.

—Sólo soy una especie de cámara fotográfica: reproduzco fielmente lo que veo.

—Una máquina muy bien construida, todo hay que decirlo —contestó Roberts.

- Psé, no estoy mal del todo. ¿Qué opinas. Destry?

Roberts arrancó otro grano de uva y lo arrojó al aire, para cazarlo al vuelo con la boca.

- Una vez me pidieron la opinión que me merecía un vino. Tuvieron que esperar a que lo probase, claro.

—¿Me consideras como un buen vino?

—Deja que haga la prueba, ¿quieres?

Roberts se acercó a la joven. Ella vestía una simple blusa y «shorts», que dejaban al descubierto unas piernas preciosas. Los dedos del joven fueron a los botones de la blusa.

—No hay nada debajo —exclamó, sorprendido.

—No lo necesito —contestó ella, orgullosa.

—«Son como cervatillos mellizos, que pacen entre la grama...» ¿Has leído el Cantar de los Cantares, de Salomón?

—Es mi lectura favorita —suspiró Bea.

Lentamente, se tendió en el suelo. Roberts se echó a su lado.

—«Como lirio entre espinas, así es mi amada entre los hombres» —recitó.

Los labios de la joven se entreabrieron. Roberts se inclinó muy lentamente hacia la boca que se le ofrecía tan tentadoramente. Cuando los labios estaban a punto de unirse, oyeron un carraspeo en las inmediaciones.

—Ejem... Esto... No me gustaría interrumpir, pero creo mi deber deciros que la avería ha sido ya reparada.

Bea lanzó un grito sofocado. Roberts se puso en pie de un salto.

Sherix estaba a pocos pasos de distancia, muy seria, rígida, con el rostro completamente encarnado. Su pecho, de firmes curvas, se agitaba espasmódicamente.

—¿Tan pronto? —dijo el joven.

—Parece que el tiempo ha corrido demasiado aprisa para vosotros. Han pasado ya cuatro días desde nuestro aterrizaje —contestó Sherix heladamente.

Giró sobre sus talones y se alejó sin pronunciar una sola palabra. Bea se levantó, furiosa, y se quitó unas briznas de hierba que se le habían enredado en los cabellos.

—Vaya, ¿qué le hemos dado a su señoría? —exclamó, irritada—. Encima de que viene en el mejor momento, todavía tiene que enfadarse.

—Mujer, es que nos ha sorprendido...

—¿Cómo? Ni siquiera me habías desabrochado la blusa por completo —se indignó la joven—, ¿O es que en Mitzur hacen los niños a máquina?

Roberts se echó a reír y pasó un brazo por los hombros de Bea.

—Anda, vamos. Otra vez será, no te preocupes.

—Lo dudo mucho —se lamentó ella—. El lugar, la ocasión, el ambiente... Estaba como hechizada. ¿Y tú?

—Estábamos dentro de una pompa de jabón, alguien la pinchó, hizo «puf» y despertamos, eso es todo.

Minutos más tarde, avistaban la masa vegetal tras la cual se ocultaba la astronave. Fuera, Lulú y Fisher estaban muy ocupados en asar dos animales semejantes a conejos, en un fuego de leña seca. Sherix estaba un poco más allá, sentada en un tronco caído, haciendo cálculos en una computadora de bolsillo.

—Nos vamos —anunció «La Gorda»—. En cuanto despachemos el asado, claro.

El vozarrón de Higgins resonó súbitamente a través del hueco en la masa de hierbas que permitía el paso hasta la escotilla.

—Lulú. puede que tengas que dejar ahí el asado —exclamó Higgins—. ¡Todos a bordo! —gritó estentóreamente—, ¡Se acerca una nave sospechosa!

Al oír aquello. Sherix abandonó sus cálculos y se levantó de un salto.

—¡No podemos zarpar! —exclamó.

—¿Por qué no? —dijo Roberts—, La nave tiene potencia suficiente para arrancar las hierbas...

—No lo creas. Están en el período de máximo desarrollo. Mañana empezarán a secarse, pero aún pasarán dos o tres días antes de que se deshagan en polvo sus tallos. En estos momentos, cada tallo tiene la fortaleza de un cable de acero de su mismo grosor.

Roberts, estupefacto, volvió los ojos hacia las plantas trepadoras que envolvían totalmente a la astronave. Habla centenares de tallos, advirtió al primer vistazo.

—Entonces, tenemos que esperar aquí...

—No hay otro remedio, Destry —confirmó la joven.

* * *

Ocultos por la vegetación, contemplaron el lento descenso de la otra nave, que se posó al fin en el suelo, a menos de doscientos pasos de distancia.

—¿Es mitzuriana? —preguntó Roberts.

—Sí. Privada —contestó Sherix.

—Puede que sean hombres de Bar-Neigh, en misión «muy especial» —opinó Fisher.

—Lo sabremos en seguida, Max, no te preocupes.

—Lo siento, estoy muy preocupado, Sherix.

—Silencio —dijo Roberts imperativamente—. Alguien baja del aparato.

La escotilla se había abierto. Un hombre descendió por la escala desplegada automáticamente.

Avanzó unos pasos. De pronto, se puso las manos a ambos lados de la boca, para hacer bocina, y gritó:

—¡Sherix, sal sin temor! ¡Soy yo, tu prometido!

—¡Onlo! —exclamó la muchacha. Agarró el brazo de Roberts y le miró con ojos muy brillantes—. Es él, él...

Súbitamente, abandonó el escondite y echó a correr hacia el recién llegado. Roberts frunció el ceño.

—Esto no me gusta —rezongó.

—¿Una trampa? —dijo Lulú.

—No sé, quizá esté equivocado, pero...

Fisher se echó a reír.

—Si intentan una jugarreta, les daré algo en que pensar —dijo, a la vez que palmeaba la culata de un rifle semiautomático—. Es de finales del siglo XX. pero construido en el actual, para caprichosos como yo. Funciona de maravillas, os lo aseguro.

—Parece que eres un tipo precavido —comentó Roberts, mientras veía a Sherix fundirse en un estrecho abrazo con su prometido..

—Lo puse en el equipaje, apenas supe el asunto en que nos metíamos. Nunca está de más tener un poco de precaución, Destry.

Sherix se volvió en aquel momento.

—¡Destry, muchachos, venid! —llamó.

Roberts empezó a andar. Fisher meneó la cabeza.

—No me fío —insistió—. Destry, si ves algo sospechoso, date un tirón en la oreja izquierda. Inmediatamente, os echáis al suelo,

¿entendido?

—De acuerdo. Max.

Roberts y los otros tres caminaron hacia el lugar donde estaba la pareja. Onlo Mirrel tenía un brazo en torno a la cintura de Sherix.

—Estos son mis amigos, Onlo —dijo la muchacha, que parecía muy feliz. Después de presentarlos, añadió—: Gracias a ellos, he podido librarme de muchos riesgos, aparte de que consiguieron curarme de los nefastos efectos de la droga que me propinaron.

—Os doy las gracias por lo que habéis hecho en favor de mi prometida —dijo Onlo, un joven muy gallardo y de excelente presencia—. Nunca lo olvidaremos, os lo aseguro.

Roberts contestó con unas frases rutinarias. Onlo se volvió hacia la muchacha.

—Bien, Sherix, ya no tienes nada que temer —dijo—. Podemos volver a Mitzur sin ningún inconveniente. La conspiración ha sido descubierta y Bar-Neigh ha tenido que dimitir. En cuanto a la impostora, por haber declarado en contra del delegado general, se le ha perdonado la pena que debería haber sufrido, aunque, eso sí, será sometida a una operación de cirugía estética, para que desaparezca todo su parecido contigo.

—Oh, Onlo querido —exclamó Sherix, arrobada—. Todo esto parece increíble... ¿Verdad que es maravilloso, Destry?

—Sí, si fuese como lo cuenta tu prometido —respondió el joven.

Onlo frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir? —exclamó con acento de enojo—. ¿Acaso dudas de mi palabra?

—Por principios personales, tengo la costumbre de dudar de lo que otros afirman en ciertas situaciones. Sherix, tengo entendido que en Mitzur hay también periódicos, como en la Tierra.

—Sí, claro —contestó la muchacha—. Empezaron a publicarse hará unos cuarenta años, después de la llegada de los primeros terrestres a Mitzur.

—Y hay también, supongo, libertad de prensa.

—Supones bien. Destry, pero, ¿adónde quieres ir a parar?

—La conspiración, si se ha hecho abortar, no es un asunto de poca monta, precisamente. Ha tenido que hacerse público y, como suele decirse, saltar a las primeras planas de los diarios. Onlo —siguió Roberts despiadadamente—, ¿traes contigo siquiera un ejemplar de cualquier periódico para que puedan ser comprobadas tus afirmaciones?

Sherix se desconcertó. Al mirar a su prometido, vio que éste se había puesto pálido.

—Vamos, Onlo, contesta —le apremió.

Mirrel vaciló, mordiéndose el labio inferior. Al fin, se enderezó y sacó el pecho.

—No, no he traído ningún periódico —exclamó—. ¿Para qué? ¿No es suficiente mi palabra? Tú me crees, ¿verdad, Sherix?

Ella se mostraba indecisa. De súbito, pillando a todos por sorpresa, Mirrel saltó sobre Roberts y lo derribó de un tremendo derechazo.

Inmediatamente, lanzó un agudo grito, a la vez que agarraba la mano de la joven.

—¡Vamos, Sherix! ¡Huyamos antes de que sea tarde! —gritó.

La acción había resultado lo suficientemente inesperada, para que nadie tuviera tiempo de reaccionar. Casi sin darse cuenta de lo que hacía. Sherix siguió a su prometido.

Roberts estaba en el suelo, aunque no había perdido el conocimiento. Incorporándose sobre un codo, miró hacia los fugitivos.

Más allá estaba la astronave en que había llegado el prometido de Sherix y en su costado aparecieron de repente cuatro extrañas aspilleras.

Presintió el peligro y se tiró de la oreja izquierda, a la vez que emitía un poderoso grito:

—¡Todos al suelo! ¡Rápido!

CAPÍTULO VIII

Higgins cargó con el hombro contra Lulú, tirándola a tierra. Bea estaba a la derecha de «La Gorda» y recibió el impacto de aquellos ciento diez kilos de carne y tejido adiposo. En el mismo instante, cuatro rayos de luz partían de otras tantas aspilleras.

Las descargas pasaron a un palmo escaso de los cuerpos tendidos sobre la hierba. Aun así, Roberts notó el intensísimo calor que desprendían aquellas descargas de calor puro. De haberle alcanzado en el pecho, se habría convertido en carbón casi instantáneamente.

Detrás de ellos tableteó el rifle de Fisher, vomitando disparos que parecían chasquidos de algún látigo gigante. Dentro de la nave se produjo una cegadora llamarada.

El rifle chasqueó incesantemente. Hubo dos fogonazos más y los disparos de la nave cesaron. Pero Onlo y Sherix estaban llegando ya a la escotilla.

La siguiente bala de Fisher fue más rápida que Mirrel y le alcanzó en la espalda, a la altura de la paletilla. Mirrel sintió el dolor en el pecho, a la salida del proyectil, y se encontró sin saber cómo lanzado contra la escala. Aulló y gritó, pero había perdido las fuerzas repentinamente y no se podía mover.

—¡Sherix, atrás! —gritó Roberts.

Fisher puso un nuevo cargador en el fusil y apuntó hacia la nave otra vez. Pero ya no hubo más reacción.

Sherix retrocedió, temerosa. Mirrel trató de volverse hacia ella.

—¡No me dejes! —suplicó.

Roberts corría ya hacia el aparato. La muchacha le miró afligidamente.

—¿Qué hago, Destry? —consultó.

—Ahora ya, nada —contestó él, ceñudo. Agarró a Mirrel por los sobacos y lo apartó de la escala—. Aguarda aquí —añadió.

Higgins, Lulú y Bea corrían ya hacia la nave. Roberts alcanzó la escotilla en cuatro saltos. Desde el umbral, se volvió.

—Hay que curar a ese tonto —dijo.

Luego avanzó hacia el interior del aparato. Olía espantosamente a carne quemada.

Cuatro cuerpos yacían en el suelo, en retorcidas posturas, apenas reconocibles como seres humanos que habían sido. Junto a ellos se divisaban los restos de cuatro pistolas, que habían deflagrado en una indescriptible explosión de calor.

Volvió muy pronto. Sherix y los demás le miraron inquisitivamente.

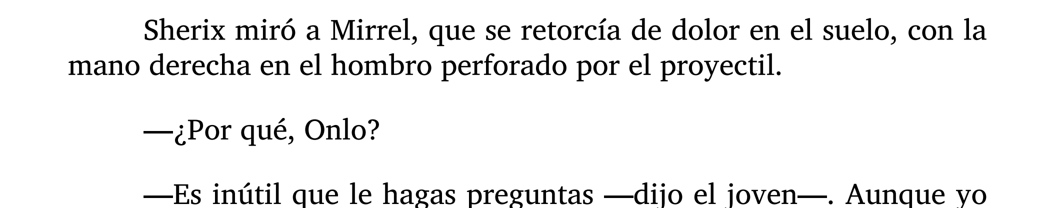
—Hay cuatro cuerpos carbonizados —dijo Roberts, lacónico.

—¿Cómo es posible eso? —preguntó Bea.

—Toda pistola térmica encierra un generador de temperatura, además del proyector que concentra la descarga calórica. Son unas armas terribles a cincuenta o sesenta pasos, pero tienen la desventaja de su inestabilidad. Un choque de mediana potencia, a veces, incluso, basta que se caigan de la mano al suelo, provoca la súbita expansión del gas térmico contenido a altísimas presiones. Cuanto más, un impacto de bala —Roberts sonrió—. Max tiene una puntería endiablada.

—Pero podían haber disparado más descargas, antes de que Fisher pudiera contestar adecuadamente —objetó Lulú.

—No. Se necesitan algunos segundos para rellenar el dispositivo de disparo. Ese es otro inconveniente de las armas térmicas... de las armas demasiado sofisticadas —concluyó el joven.



Sherix miró a Mirrel, que se retorcía de dolor en el suelo, con la mano derecha en el hombro perforado por el proyectil.

—¿Por qué, Onlo?

—Es inútil que le hagas preguntas —dijo el joven—. Aunque yo ya conozco los motivos de su traición.

—¿Hablas en serio? —preguntó Sherix.

—Claro. Salta a la vista, mujer. Supongo que Bar-Neigh le habría persuadido para que entrase en su juego. A fin de cuentas, la impostora es tu doble exacto. Eres muy hermosa y ella debe de serlo también. ¿Qué más le da casarse con una u otra, si conseguirá llegar a ser príncipe consorte, con todo lo que esto puede significar? ¿Me equivoco, Onlo?

—Me duele mucho... —gimió Mirrel.

—Ahora te curaremos —respondió Roberts—. Ahí viene Max y, si la vista no me engaña, trae en la mano un maletín sanitario.

Fisher llegó y se arrodilló junto al herido. Sus manos se movieron rápida y diestramente. La celulina era, además de cicatrizante y hemostática, anestésica, con lo que los dolores cesaron a los pocos momentos.

Luego, Fisher le dio una palmada en el hombro sano.

—Dentro de cuarenta y ocho horas, estarás como nuevo —dijo —. Tienes suerte, muchacho; ha sido una herida limpia, ya que no tienes ningún hueso interesado.

—Eres muy diestro curando heridas —observó Sherix.

—Es médico —sonrió Bea.

Fisher emitió una risita.

—La medicina es menos divertida que estafar a los incautos — contestó.

—Bueno, los otros están en el infierno. Pero, ¿qué hacemos con este bastardo? —exclamó «La Gorda».

—Sherix es quien debe decidirlo —contestó Roberts—. A fin de cuentas, la conspiración está dirigida contra ella.

—¡Pero Onlo quiso salvarme! —alegó la muchacha.

—¿De nosotros?

Sherix se mordió los labios.

—Sí, tienes razón —admitió—. Está bien, le abandonaremos aquí.

Lulú apuntó al herido con su rollizo dedo índice.

—El jurado te encuentra culpable y el juez te condena a Robinson Crusoe para el resto de tus días —dijo enfáticamente.

* * *

—Bar-Neigh te está poniendo demasiadas piedras en el camino, niña —dijo Lulú aquella misma noche, mientras preparaba la cena.

—Era de esperar, ¿no crees? —contestó Sherix, muy ocupada en batir media docena de huevos en un cuenco.

—Claro, claro. Si consigue eliminarte, sólo le faltará poner cordones a su marioneta. Bueno, en realidad, ya lo está haciendo. Tu doble está en la capital de Mitzur y todos la estarán viendo y oyéndola, y nadie notará la diferencia. Por lo visto, no le gusta que ocupes tu puesto. ¿Por qué?

—Bueno, resulta que Bar-Neigh no me gusta. No quiero decir como hombre, puesto que tiene casi cuarenta años más que yo. Lo que no me agrada es su afán de poder, espero que sepas entenderme.

—Sí, te entiendo de sobra. Nunca faltan primeros ministros de esa calaña.

—En Mitzur hay un bando, afecto a Bar-Neigh, que planea una expansión colonialista a escala planetaria. Si lo consiguiesen, Bar-Neigh se convertiría en el presidente de la Federación, con un rango superior al de cualquier jefe de estado planetario, incluida yo misma.

—O sea, el amo del cotarro. El Gran Jefazo, ¿eh?

—Exactamente, Lulú. Pero el otro bando, más numeroso.

aunque también más débil en el asunto de la fuerza, opina que los planes de Bar-Neigh, aunque quisiera situarme a mí como presidente de la Federación, son una utopía muy peligrosa, que puede conducir a Mitzur a la peor de las catástrofes. Y en esas estamos, querida.

—Sí, es un problema muy peliagudo. Cuando los menos tienen las armas, se imponen siempre a los más, que están desarmados. Dame los huevos, ¿quieres? —Lulú vertió el contenido del cuenco en la masa de harina que tenía preparada y sonrió—. Espero que me salga bien el pastel —agregó—. Oye. Sherix, si querían eliminarte, ¿por qué no te mataron en lugar de drogarte? Eso es algo que nunca he comprendido…

—Resulta que si tiene una fácil explicación —sonrió la muchacha—. La droga que me aplicaron es el alcaloide de una planta que crece solamente en Mitzur y que se denomina «vyvium». Los nativos de Mitzur, por cierto, comen mucho de esa hierba, que, aunque te parezca mentira, es muy sabrosa.

—Será cosa de probarla —dijo «La Gorda»—. Bien, ¿y qué más?

—Muy sencillo. En contraposición con otras drogas, la «vyvium» resulta neutralizada con el alcohol. La noche en que me habían secuestrado, yo llevaba un par de copas en el cuerpo. Era un vino delicioso, pero muy fuerte. Sentí mucho calor, salí a pasear para despejarme… y entonces fue cuando me atacaron. Como la droga me fue inyectada de inmediato, el alcohol neutralizó sus efectos lo suficiente para evitar mi muerte. Pero luego tuve que soportar las secuelas de la amnesia y la ceguera, aunque ésta también por fortuna sólo temporal.

—En resumen, es una hierba maldita.

—Oh, no, es muy sabrosa. Las patatas fritas también lo son, pero si ingirieses un solo gramo de la solanina, que es su alcaloide, no lo pasarías muy bien que digamos.

Lulú metió el pastel en el horno.

—Bueno, ahora a esperar el éxito o el fracaso —sonrió, en el momento en que Roberts entraba en la cocina—. Jefe, ¿cuáles son tus planes? —inquirió.

Los ojos de Roberts fueron hacia el rostro de Sherix.

—Puesto que estamos en Zatzur, deberíamos llevar a cabo la ceremonia de reconocimiento por parte de sus habitantes —contestó..

—Estoy dispuesta —aseguró ella—, Pero, ¿qué haremos de Onlo?

—Se tomó ya una decisión —respondió el joven heladamente—, Aunque, claro, dado tu rango, tienes el poder suficiente para disponer en sentido contrario.

Sherix hizo un gesto negativo.

—No, que se quede aquí para siempre. —Suspiró profundamente—, Ni por un momento llegué a sospechar de él… Pero tú, sí, Destry. ¿Por qué?

—¿Cómo pudieron localizarnos tan rápida y fácilmente? Que yo sepa, tú no has enviado ningún mensaje a tus simpatizantes. Ninguno sabe tu paradero. ¿O sí te comunicaste con Mirrel?

—No, desde luego, Destry.

—Luego, si llegó hasta nosotros, alguien tuvo que informarle de nuestra posición. Quién pudo ser, no tengo la menor idea, pero lo cierto es que Mirrel vino a tiro hecho.

—Sí, todo lo que dices es cierto —se lamentó Sherix.

—Anímate, muchacha —exclamó Lulú—. A fin de cuentas, el mundo no se ha acabado y hay más hombres que granos de arena en una playa. Con tu cara, tu tipo y tu rango, puedes elegir a tu gusto sin dificultad.

Ella se sonrojó.

—No es tan fácil como crees, Lulú —repuso.

—Yo sí que estoy en dificultades para conseguir un hombre. A menos que no me partan por la mitad, para hacer dos mujeres de cincuenta y cinco kilos cada una, no encontraré jamás un tipo que me mire con ojos de carnero degollado.

Sherix pareció sentirse más relajada y casi se echó a reír. Luego se volvió hacia el joven.

— Destry, ¿qué piensas hacer con la nave de Onlo? —consultó.

—La llevaremos a remolque, por control remoto, claro. Un aparato de reserva nunca está de más.

—Las hierbas que sujetan nuestra astronave empezarán a secarse mañana. Dos días más tarde, se desharán por sí solas. Entonces, volaremos al país de Kol-Um-Mnom. que en nuestro idioma quiere decir «los-hombres-que-ven-sin-ojos».

—Y así se efectuará la ceremonia de reconocimiento.

—Sí, penetrarán en mi mente y sabrán que soy Sherix Ur-Kor'ph, hija de emperador y nieta de emperadores —contestó la muchacha orgullosamente.

CAPÍTULO IX

El pueblo estaba situado en las suaves laderas de una serie de colinas, que formaban una especie de anfiteatro natural, de casi veinte kilómetros de diámetro. La nave aterrizó lejos de la zona habitada. Desde las lucernas de la proa. Roberts contempló el espectáculo en silencio.

Las casas estaban dispuestas con cierta regularidad, que, sin embargo, no alcanzaba límites absolutos, lo que habría conferido una inevitable monotonía al conjunto. Todas, según le explicó Sherix, eran de una sola planta y muy sencillas.

—Aquí la vida es fácil —dijo la muchacha—. Casi no hace falta más que alargar la mano para encontrar comida.

—Más la hierba «vyvium», claro.

Sherix señaló un extensísimo campo en el que se veían algunas personas inclinándose a intervalos.

—Ahí tienes hierba suficiente para comerla el resto de tu vida.

—La probaré, por no decir que no conozco su sabor, pero no me gusta ser un vegetariano absoluto.

La hierba tenía un color verde pálido, delicado, muy agradable a la vista. Fisher entró en aquel momento.

—El coche está ya en el suelo —informó.

—Muy bien, vamos allá —dijo el joven.

Agarró el brazo de Sherix y la empujó hacia la salida. Momentos después, estaban a bordo de un coche todo terreno, con ruedas balón, que formaba parte del equipo de la nave. En caso necesario, el vehículo podía salvar también corrientes de agua con demasiada profundidad. El motor era eléctrico, alimentado por generador foto voltaico, potente y silencioso. Momentos después, los seis viajeros se ponían en marcha hacia la ciudad de «los-hombres-que-ven-sin-ojos».

No había caminos apenas, sólo senderos abiertos por el paso de las personas. Algunos nativos volvieron la cabeza hacia ellos, aunque sin demostrar demasiada curiosidad.

Cuando llegaban a las primeras casas, alguien salió a su encuentro y alzó una mano para indicarles que se detuvieran. Roberts frenó de inmediato.

Era una hermosa muchacha alta, de piel tostada, vestida apenas con un ceñidor para el pecho y un trozo de tela en las caderas. El pelo era negro, brillante, muy largo. No había pupilas en sus ojos; sólo una película gris muy claro, casi blanca, que causaba una profunda impresión al verla en un rostro tan bello.

—Soy Anarda —se presentó la joven—. Delegada de Recepción del Consejo de Gobierno de Zatzur. ¿Quiénes sois vosotros?

—Me llamo Destry —contestó el joven, sin añadir el apellido—, y vengo con unos amigos, como séquito de la princesa Sherix, de Mitzur. Sherix viene a pedir el reconocimiento de su alto rango, para poder ser coronada como emperatriz, tal como dispone la ley.

Anarda hizo un leve movimiento de cabeza.

—El Consejo está advertido de que esa petición podía formularse de un momento a otro —contestó—. Seguidme, por favor… a pie.

Los viajeros se apearon del vehículo. Anarda dio media vuelta y empezó a caminar delante de ellos, con paso largo, pero mesurado. Roberts no pudo por menos de admirar la gracia de sus movimientos y la innata distinción que la envolvía como un aura invisible.

Fisher dio un par de zancadas y se emparejó con ella.

—Tengo entendido que no puedes ver. Anarda.

—Así es, Max.

—¿Has nacido ya con ese defecto?

—No. Sin embargo, me quedé ciega antes de cumplir dos años. Por tanto, no recuerdo las imágenes que pude contemplar a tan corta edad.

—Sin embargo, te desenvuelves muy bien…

—No nos hace falta la vista para poder movernos sin la menor dificultad, aunque, claro, en determinadas circunstancias, siempre resulta una desventaja. Pero no nos quejamos; la vida aquí es fácil, amable, no tenemos ambiciones y la paz y la calma reinan constantemente.

—No es mal género de vida —comentó Fisher—, Un poco monótono tal vez… ¿Estás casada?

—Aún no.

—¿Tienes prometido?

Anarda sonrió.

—Mucho te interesan mis asuntos privados —respondió.

—Perdona, no quise molestarte. Era curiosidad, solamente.

—No tengo prometido.

—Sin embargo, un día encontrarás a un hombre de tu agrado…

—Es lógico, ¿no?

Roberts sonrió, al ver lo interesado que Fisher se mostraba hacia la joven nativa.

—Parece que congenian —observó.

—Es lógico. El extranjero y la indígena bella y atractiva —respondió Sherix—, Suele suceder.

Roberts creyó captar cierto tono de despecho en la voz de la joven.

—¿Te molesta?

—No me gustaría que Max acabase un día haciendo algo que pudiese causar daño a Anarda. Mi deber es proteger a los zatzurianos.

—Hablaré con él más tarde —prometió Roberts.

Minutos más tarde, llegaban a una casa espaciosa, con varias habitaciones y una gran sala, sencillamente decorada. Anarda les enseñó una especie de baño, con todos los servicios, incluida una bañera circular de casi diez metros de diámetro.

—Luego os servirán de comer —manifestó—. Si lo deseáis, podéis moveros libremente por todas partes, aunque sin alejaros de la ciudad. También podéis hablar con los nativos; no os impondremos ninguna clase de restricciones.

—Gracias, Anarda —dijo Roberts—. Pero, por favor, una pregunta.

—Sí, desde luego.

—¿Cuándo se efectuará la ceremonia de reconocimiento?

—Ya se os avisará oportunamente. Mientras tanto, disfrutad de nuestra hospitalidad —Anarda se volvió hacia Sherix y ejecutó una profunda reverencia—. Alteza...

Los comentarios estallaron entre los viajeros apenas se hubieron quedado solos. Fisher se mostró indignado de que una joven tan hermosa como Anarda estuviese privada del sentido de la vista.

—Si dispusiese de instrumental adecuado, podría hacerle un examen a fondo... Ella veía al nacer, pero se quedó ciega a los pocos

meses...

—Con Sherix, cuando la encontramos en el callejón, no pudiste hacer nada —alegó Lulú.

—No era mi especialidad y yo confiaba en el matasanos que la trató —se defendió Fisher—, Pero esto es distinto... —Se mordió los labios—. Nació con visión normal y luego se quedó ciega... ¿Por qué?

Un nativo apareció de pronto en la puerta, con una enorme bandeja en las manos, llena de provisiones de todas clases y hasta un par de botellas que contenían un líquido rojo.

—La comida —anunció el sujeto, sonriendo agradablemente—. Mi nombre es Typhax —se presentó.

Roberts le cogió la bandeja.

—Sois muy amables —contestó—. Os damos las gracias, Typhax.

Bea se acercó al nativo y le contempló unos instantes, mientras se atusaba el cabello con gesto malicioso. Typhax era un hombre que medía más de un metro noventa, musculoso, perfectamente proporcionado y de cabellos oscuros, aunque no negros del todo. Como los demás zatzurianos, tenía la piel tostada, debido a la escasez de prendas que constituían su indumentaria, sólo una especie de pantalones cortos y unas ligeras sandalias, lo cual permitía el excelente clima del planeta.

—Hola, Typhax —sonrió la joven—. Me llamo Bea.

—Es un placer conocerte. Bea —contestó el nativo.

Lulú se sentó a la mesa.

—Estoy muerta de hambre —confesó—. Eh, ¿qué es esto? —exclamó, intrigada, señalando un gran cuenco, que rebosaba de unas largas tiras de color verde pálido.

—«Vyvium» —dijo Typhax—. Comedla sin temor; es absolutamente inofensiva, muy sabrosa y bastante nutritiva.

Lulú hizo un gesto despectivo con la mano.

—Hierba, bah... —En una gran fuente había algo que parecía un pavo gigante, ya troceado. Agarró un muslo y le hincó el diente—. Esto sí es sabrosoooohhhh... —dijo, con la boca llena.

Roberts se echó a reír. Destapó una botella, llenó un vaso y probó el líquido rojo. Después chasqueó la lengua.

—Un buen vino —elogió.

* * *

Roberts despertó al día siguiente muy temprano, en la habitación que había sido asignada a los hombres del grupo. En el lado opuesto, Higgins dormía apaciblemente. Faltaba Fisher.

—¿Dónde se habrá metido este hombre? —masculló.

De pronto, se dio cuenta de que había una espesa niebla en el interior de la estancia. Todos los objetos aparecían difuminados, con los contornos borrosos, pero, extrañamente, no se percibía el menor olor a humo de ninguna clase ni se captaba la clásica sensación de humedad que se habría percibido de haber sido una niebla procedente de alguna zona con abundancia de agua. Al cabo de unos momentos, sin embargo, la niebla se aclaró un poco.

Apenas si había salido el sol. Roberts se dijo que Fisher había madrugado demasiado. «No se le habrá ocurrido ir a buscar a Anarda», pensó, mientras golpeaba el costado de Higgins con el pie.

Higgins refunfuñó.

—Déjame dormir…

—Vamos, Neil, arriba; tenemos prisa —exclamó Roberts.

—¿Qué pasa? —preguntó Higgins, sentado en el suelo, con los puños metidos en los ojos.

—Vamos, sígueme; no tenemos un minuto que perder.

Todavía con los ojos cargados de sueño, Higgins caminó detrás del joven, sin tener la menor noticia de las intenciones de Roberts.

—No sé qué me pasa… —se lamentó—. O estoy mal de la vista o hay mucha niebla…

—Todavía no ha salido el sol. Es la niebla matutina, Neil.

—Sí, eso debe de ser.

Media hora más tarde, avistaban las dos naves, una al lado de la otra. La de Onlo Mirrel había sido conducida a remolque, por control remoto, y Roberts la había hecho aterrizar también, en lugar de dejarla en el espacio, en una órbita estable.

Roberts abrió la escotilla de la segunda astronave.

—Vamos, entra, Neil —ordenó.

Higgins le miró con recelo.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

El índice derecho del joven se puso vertical.

—Arriba —contestó escuetamente.

* * *

Al despertarse, Bea notó algo que la hizo lanzar un agudo chillido. Lulú dormía a su lado y despertó, terriblemente sobresaltada.

—¡Bea! ¿Qué te ocurre?

—Apenas puedo ver... —contestó la joven—. No sé qué me pasa...

Sherix estaba en la bañera y salió corriendo, mientras trataba de envolverse con una sábana.

—¿Qué le pasa, Lulú?

—Está chiflada. Dice que no puede ver —refunfuñó «La Gorda».

—Yo veo normalmente —manifestó Sherix.

—Y yo —dijo Lulú—. Pero esta tonta se dio anoche a la bebida...

—No tomé más que un par de copas —protestó Bea—. Tengo una niebla delante de los ojos... muy espesa...

Resoplando fuertemente, Lulú trató de ponerse en pie. Sherix tuvo que ayudarla, tirando de uno de sus brazos con ambas manos.

—Esta grasa me matará algún día —gimoteó—. Sherix, ¿es cierto que en Mitzur podré adelgazar?

—Desde luego —sonrió la muchacha.

—Te perdonaría los dos millones, si me quitases la mitad de peso —suspiró «La Gorda»—. Bueno, voy a llamar a Max, para que vea qué puede hacer con esta tonta.

—Volved pronto —pidió Bea ansiosamente.

Lulú se alejó, mientras Sherix volvía al estanque. A los pocos minutos, regresó Lulú. con la expresión de desconcierto absoluto pintada en su redondo rostro.

—¡No está! —exclamó—. ¡No están ninguno de los tres!

* * *

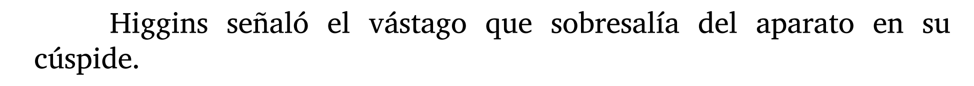
La nave orbitó lentamente en torno a aquel objeto que flotaba inmóvil en el espacio. Roberts conectó el piloto automático y luego manejó los controles de las pantallas de visión próxima. Frente al puesto del piloto, se iluminó un rectángulo de un metro de largo por ochenta centímetros de altura.

—¿Qué te parece, Neil? —preguntó.

Higgins contempló aquel objeto, que tenía forma de peonza, con el clavo hacia arriba y bastante alargado. De pronto, tocó una tecla de la consola de mandos y la imagen varió ligeramente. En torno al extraño artefacto, aparecieron una serie de rayas cruzadas, como equis trazadas unas a continuación de otras y de color verdoso muy intenso.

—Una barrera de protección —dijo—. Los infrarrojos la han detectado.

—Entonces, ¿no podremos pasar?



Higgins señaló el vástago que sobresalía del aparato en su cúspide.

—Es preciso desconectar eso —contestó.

—¿Qué supones puede ser?

—La antena receptora.

—¿No estará también protegida?

—Si lo estuviera, no podría captar la señal que debe recibir en un momento dado.

—Entiendo.

—Pero sólo la desconectaremos, sin quitarla. Podría venir alguien a observar desde lejos.

—Sí, tienes razón. ¿Nos vestimos?

—Andando, Destry.

Minutos después, equipados con los trajes de vacío, flotaban en el espacio, en dirección a aquel raro artefacto que, de cerca, resultó ser mucho mayor de lo que creían. La antena medía veinte metros y, en su base, no tenía menos de cincuenta centímetros de diámetro.

Higgins estudió el aparato durante algunos segundos, dando incluso varias vueltas a su alrededor. De pronto, lanzó una exclamación:

—¡Ya lo tengo!

Pendiente de su cinturón, llevaba una bolsa con herramientas. Sacó dos grandes destornilladores y entregó uno al joven.

—Mételo en esta muesca —indicó—. Hay otra en el lado opuesto. Cuando te diga, haz funcionar tus propulsores a un quinto de potencia.

—Está bien.

Segundos después, los dos hombres giraban lentamente en torno a la base del mástil que, apreció Roberts, giraba también.

—En realidad, lo estamos desatornillando —explicó Higgins—.

Cuidado cuando se suelte: tendrás que sostenerlo tú solo, mientras yo opero en la base.

El mástil se inclinó muy pronto. Roberts ascendió lentamente y se agarró con ambas manos al remate en forma de bola, de la que sobresalían numerosas púas, de suaves con tornos, sin embargo, como pequeños conos que no alcanzaban más de cinco o seis centímetros de altura.

Higgins introdujo las manos en el hueco. Trabajó rápida, activa y diestramente y, antes de cinco minutos, había terminado.

—Listo, Destry.

El mástil descendió nuevamente. Luego realizaron la misma operación, pero en sentido inverso.

—¿Ha quedado todo bien? —preguntó Roberts.

Higgins rió con fuerza.

—No he dejado un cable «sano» —respondió.

—Perfectamente. Volvamos abajo, Neil.

Regresaron a la nave. En el camino, Higgins preguntó:

—Destry, ¿cómo lo supiste?

En el interior de su casco, Roberts sonrió sibilinamente.

—Las explicaciones llegarán en su momento —contestó.

CAPÍTULO X

Fisher apareció repentinamente en la puerta y su llegada provocó una crisis de histerismo en las mujeres.

—¿Dónde te has metido todos estos días? —aulló «La Gorda».

—Te creímos muerto o algo parecido… —dijo Sherix.

—¡Max! ¡Me estoy quedando ciega! —El alarido de Bea tenía un tono patético difícilmente superado por otro sentimiento.

Fisher no se inmutó y sonrió. Lulú se puso las manos en las caderas.

—Dos semanas —dijo en tono de reproche—. Dos semanas sin dejarte ver… Claro que. ¿ha resultado sabrosa la «luna de miel» con Anarda?

—No hemos llegado aún a ese extremo —contestó Fisher.

De pronto, vio encima de la mesa un cuenco lleno de «vyvium» y lo tiró de un manotazo al otro lado de la sala.

—No volváis a probar jamás esa maldita hierba —exclamó—, Es lo que causa la ceguera.

—¿Estás seguro? —preguntó Roberts, quien salía del baño en

aquel momento.

Fisher asintió. Volviéndose hacia la puerta, agitó la mano.

—Anarda, ven.

La nativa se hizo visible. Tenía la piel descolorida y su rostro aparecía más demacrado. Roberts, sin embargo, notó algo que había cambiado en su fisonomía.

La película que cubría sus globos oculares se había hecho casi transparente. Ahora podía ver las pupilas de la joven.

—Max, ¿qué has descubierto? —preguntó.

—Es bien sencillo —contestó Fisher—. Yo lo noté a medianoche, cuando me levanté al. baño. No era normal y empecé a pensar... Bueno, para abreviar me fui a buscar a Anarda y le propuse hacer una prueba, algunos días sin comer una sola brizna de «vyvium». Pero, a fin de no hacer concebir a nadie falsas esperanzas, acordamos marcharnos lejos de la ciudad. Hemos estado viviendo en el campo, a la intemperie... y Anarda no ha vuelto a probar el «vyvium».

—Entonces, ¿recobraré la vista? —preguntó Bea.

—Por completo —aseguró Fisher.

—A mi no me ha pasado nada —declaró «La Gorda»—. Detesto los vegetales... excepto la uva, después de que ha sido convertida en vino.

—Un experimento muy notable —alabó Roberts—, Los nativos te estarán agradecidos mientras vivas.

—No ha resultado fácil, Destry. La hierba crea hábito. No es dañina, salvo en lo referente a la visión; incluso diría que protege de muchas enfermedades y hasta prolonga algo la existencia; es también alimenticia... pero la ceguera no es el precio de las ventajas del «vyvium». —Se volvió hacia la nativa y pasó un brazo por su cintura, con gesto posesivo—. Anarda se me escapó una vez, porque no podía pasarse sin la hierba. Tuve que atarla durante diez días.

—Y ya ha perdido la adicción...

—Estoy completamente curada —declaró Anarda—. Dentro de un par de semanas, podré ver con toda normalidad.

Roberts chasqueó los dedos.

—Claro, se comprende que nacieras con los ojos sanos; pero, en cuanto te destetaron, empezaste a comer hierba...

—Así fue, en efecto —confirmó la nativa.

—Esto creará problemas —intervino Higgins—. Habrá que curar primero a un grupo de nativos, para que se ocupen luego de los restantes... Y quizá cueste muchísimo más cambiar unas costumbres que datan de cinco o seis siglos.

—Aceptaremos ese cambio —dijo Anarda—, En cuanto a mí, jamás volveré a probar la «vyvium».

Un personaje hizo su aparición inesperadamente. Era Typhax.

—Tengo noticias que comunicaros —dijo.

—¡Typhax! —chilló Bea—. Podremos curarnos...

—Te felicito —sonrió c! nativo.

—Y tú también. ¡Mira, Anarda «puede» ver casi normalmente!

Typhax se sorprendió al conocer la noticia.

—Si eso es cierto —declaró cuando estuvo enterado de todos los pormenores del caso—, es el suceso más grande que se ha producido en Zatzur en cientos de años. Pero ahora voy a comunicaros la decisión del consejo de ancianos.

Hizo una corta pausa y añadió:

—El consejo de ancianos ha decidido que la ceremonia de reconocimiento se efectúe en la residencia imperial. Dadas las circunstancias, no puede considerarse una situación normal y si Sherix regresara a Mitzur, declarando haber sido reconocida como princesa legítima, con derecho al título de emperatriz, podrían producirse ciertas... «diferencias de opinión», que no contribuirían en nada a clarificar el ambiente. Por tanto, la ceremonia tendrá lugar exactamente dentro de dos semanas, a contar del día de hoy —concluyó Typhax.

Sherix sonrió.

—No me importa —dijo—. Es más. lo prefiero así. De este

modo, si se me reconoce en público, delante de cientos de personas, incluso ante las cámaras de televisión, nadie podrá dudar de que me asisten todos los derechos a ser coronada emperatriz de Mitzur.

Roberts se inclinó profundamente, con una reverencia del mejor estilo cortesano.

—¡Larga vida a la emperatriz Sherix II, de Mitzur! —exclamó solemnemente.

* * *

—Zarparemos mañana —dijo Roberts aquella misma noche—, Neil, vigila lo todo. No pegues un ojo en toda la noche.

Los dos hombres hablaban a solas.

—¿Temes algo? —preguntó Higgins.

—No podemos descuidarnos un solo segundo. A estas horas, tienen que saber ya que algo le ha pasado a Mirrel, porque no sólo no ha regresado con Sherix, sino que ni siquiera ha enviado un mensaje por superradio. Entonces, se imaginarán que estamos aquí y...

Higgins le guiñó un ojo.

—Deja que me ocupe de vigilar las naves —repuso.

Lulú hablaba en la otra parte de la sala con Anarda.

—Y dices que esos lodos son adelgazantes...

—Nosotros los usamos solamente en casos de extremada inflamación, si alguno se hiere o enferma accidentalmente. Pero también hemos tenido casos patológicos de obesidad por deficiencias hormonales y los hemos curado mediante una serie de sesiones en esos lodos.

—¿Muchas sesiones, Anarda?

—No creas que adelgazarás de la noche a la mañana. Quizá te cueste un año... pero lo agradecerá tu corazón, envuelto en demasiada grasa.

—Bueno... un año...

Sherix la acarició una redonda mejilla.

—Aún no has cumplido los cuarenta. Cuando Neil te vea con cincuenta kilos menos de peso, tendrá que decirte algo muy interesante.

«La Gorda» suspiró.

—Parece un mono... pero es tan fuerte, tan varonil... ¡Neil! ¿Dónde estás? —clamó de pronto.

—Tiene trabajo —respondió Roberts—. Quiero que revise bien todos los mecanismos de control antes de despegar.

—¿Temes algo, Destry? —preguntó Bea.

—No podemos descuidarnos. Conviene ser precavidos, a fin de no vernos en apuros en los últimos minutos. Los enemigos de Sherix son muy peligrosos y no regatearán medios para impedir su reconocimiento.

* * *

Pasada la medianoche. Roberts se levantó y se vistió. Ahora dormía solo en la habitación. Fisher se alojaba en la casa de Anarda. Higgins estaba vigilando las naves.

Después de vestirse, se dirigió hacia la puerta. Cuando salía, tropezó con una figura humana.

Sonó un grito de susto.

—Sherix —dijo el joven.

—Eres tú. Destry... —Sherix se puso una mano en el pecho—. Me has asustado... ¿Adónde vas? —inquirió.

—Me sentía inquieto. Despegaremos al amanecer y ya no podía dormir, de modo que decidí darme una vuelta por nuestro «astropuerto» privado.

—A mí me sucedía algo parecido. ¿Te importa que te acompañe?

Al contrario, será un placer.

Al salir, ella se apoyó en el brazo de Roberts.

—Destry, hay algo que no te he preguntado hasta ahora —dijo —. ¿Te importa que sea un poco curiosa?

—En absoluto. Habla, no te reprimas.

—Eres soltero. ¿No has pensado nunca en casarte?

—Bueno, algún día...

La cabeza de Sherix se inclinó hacia la izquierda, posándose en el hombro del joven.

—Mirrel me defraudó horriblemente —confesó—. Después de mi coronación, yo tendré libertad para tomar algunas decisiones. ¿Sabes?, en Mitzur no se miran ciertas cosas, por ejemplo, lo que es la persona.

—¿Adonde quieres ir a parar, Sherix?

—Te he observado durante semanas. Eres bueno, fiel, recto y valeroso. Tienes una magnífica salud... y eso es todo lo que necesita un futuro príncipe consorte en Mitzur.

—Parece ser que me propones matrimonio —sonrió él.

—Por lo menos, te daré en qué pensar —rió Sherix—, Pero, me parece, no te desagrado...

—Nunca me ha desagradado una mujer hermosa.

De pronto, ella se detuvo y, volviéndose, le besó con fuerza.

—Creo que me he enamorado de ti —jadeó, con los ojos llenos de brillo.

Roberts asintió.

—Hablaremos con más tranquilidad cuando todos los problemas estén resueltos —contestó.

—Sí, cariño, lo que tú digas.

Continuaron andando. A poco, divisaron el brillo de los cascos metálicos de las naves, silenciosas en la extensa llanura.

Había una lucerna iluminada. Roberts respiró.

—Neil vigila —dijo, satisfecho.

Y, en el mismo instante, vieron una luz que descendía raudamente de las alturas.

—Destry, mira, viene alguien —exclamó la muchacha.

Roberts elevó la vista. El resplandor no era muy intenso, pero, en pocos momentos, iluminó un círculo de unos treinta metros de diámetro junto a la primera de las astronaves.

Momentos más tarde, el aparato tomaba tierra. Era una nave pequeña, probablemente algún bote salvavidas enviado desde otra nave nodriza, situada a gran distancia de la superficie de Zatzur.

Llegaban extraños, pensó el joven de inmediato. Agarró el brazo de Sherix y tiró de ella hasta el abrigo de unos arbustos cercanos.

—Ven, esperemos a ver qué sucede —dijo a media voz.

CAPÍTULO XI

El aparato había tomado tierra y la luz se habla apagado. No obstante, podían ver con gran facilidad todo lo que sucedía, debido al resplandor de las dos lunas de Zatzur. Una escotilla se abrió en el fuselaje de la nave y la escala se desplegó inmediatamente.

—Vamos, fuera todos —exclamó alguien—. Ya sabéis lo que hay que hacer. No perdamos tiempo... ¡Rápido, rápido!

Cuatro hombres surgieron en el acto del aparato, cada uno de ellos portador de un objeto semejante a una maleta. Dos se dirigieron a la segunda astronave, mientras la otra pareja corría hacia la vigilada por Higgins.

El jefe quedó junto a su aparato, como supervisando la operación. Roberts adivinó bien pronto sus intenciones.

—Van a destruir las naves —murmuró.

—Oh, no... —gimió la muchacha.

—Pero no se van a salir con la suya —rezongó Roberts, a la vez que echaba a correr agachado hacia la nave recién llegada.

Dio un pequeño rodeo y acometió por el flanco. El individuo le divisó demasiado tarde. Quiso echar mano a una pistola que pendía de su cinturón, pero el puño de Roberts alcanzó de lleno su mandíbula y se desplomó sin sentido instantáneamente.

En el mismo momento, oyó ruidos procedentes de la nave de Sherix. Un cuerpo humano voló por los aires a través de la escotilla, cayó sobre la hierba y se quedó inmóvil.

Dentro del aparato sonó un atroz gruñido. El segundo intruso salió también volando, pero en una postura tal que no resultaba difícil adivinar lo sucedido. Higgins le había agarrado por el cuello y los fondillos de los pantalones, catapultándolo a continuación con todas sus fuerzas.

Higgins asomó de inmediato por la abertura.

—Aguarda un poco, pequeño bastardo —dijo—. Ahora sabrás lo que es buen...

—Soy yo, Neil —dijo el joven.

—¡Destry! —exclamó Higgins—. Pero, ¿qué diablos...?

—Luego hablaremos; hay dos más en la otra nave.

Higgins se tiró al suelo desde seis metros de altura. Aterrizó sobre los pies, dobló las rodillas, dio una voltereta completa sobre sí mismo y se incorporó de un salto felino.

—¡A ellos! —exclamó.

Echó a correr, adelantando incluso al joven. Roberts iba a diez pasos de distancia. El aparato de Mirrel estaba a unos doscientos cincuenta metros.

Súbitamente, vieron que se encendían todas las lucernas con un terrible fogonazo. Aún no se había extinguido, cuando se produjo otro resplandor idéntico.

Las explosiones sonaron sucesivas, separadas por fracciones de segundo. Un huracanado chorro de fuego y humo brotó por la escotilla abierta.

Higgins se detuvo en seco.

—Dios, ¿qué ha pasado ahí?

—Venían a volar las naves, pero, a lo que parece, esas bombas les han explotado en las narices —adivinó Roberts.

El humo y las llamas continuaban saliendo a través de la escotilla, aunque con menor intensidad. Sin embargo, era fácil imaginarse que se había producido a bordo un tremendo incendio, que no se extinguiría hasta que ya no quedase nada por arder.

—Neil, ¿no habrá peligro de...?

—No, los generadores están muy bien aislados contra toda clase de fuegos o de explosiones de gran intensidad. Esos tipos lo único que pretendían era destruir los controles.

—Y lo han conseguido —dijo el joven desanimadamente.

—Empiezo a sospechar lo ocurrido. Destry —murmuró Higgins.

—¿Sí?

—Supongo que traerían cargas, con mecanismo de tiempo, para escapar antes de la explosión. Pero el que preparó las cargas hizo «trampa» en los relojes.

—Entiendo. Les explotaron apenas los pusieron en movimiento.

—Justamente. Y de este modo, cerraban dos bocas comprometedoras.

—Bueno —sonrió Roberts—, por fortuna, quedan tres que si podrán despegar los labios.

Higgins puso gesto feroz.

—Déjalo de mi cuenta, Destry.

Repentinamente, se oyó un agudo chillido.

—¡Destry! ¡Socorro!

Los dos hombres se volvieron instantáneamente. Sherix forcejeaba. con el oficial, quien ya había recobrado el conocimiento, y trataba de no ser arrastrada al interior de la nave. Roberts se lanzó hacia adelante a toda velocidad.

Era ligero de piernas, pero, a pesar de todo, se le adelantó Higgins. quien, no obstante su figura, poseía una agilidad increíble. El oficial vio llegar a los dos hombres, se dio cuenta de que ya no tenía tiempo de escapar y soltó a la muchacha.

Acto seguido dio un par de pasos hacia atrás. Cuando se detuvo, tenía la pistola en la mano.

—¡Cuidado. Neil! —chilló el joven.

Era ya tarde. Higgins divisó el arma y quiso echarse a un lado, pero la distancia resultaba demasiado escasa para que el oficial fallase el tiro. Surgió un rayo de luz roja, semejante a una barra de hierro al rojo vivo, y se clavó en el corpachón de Higgins.

No se oyó ningún grito; Higgins no tuvo tiempo. Su carbonización fue instantánea.

Enloquecido de furia, Roberts cayó sobre el sujeto, arrebatándole el arma de un manotazo antes de que pudiera disparar de nuevo. Luego le asestó terribles golpes en el rostro. Oyó gritos de dolor y crujidos de hueso, pero nada parecía satisfacer su ansia vengativa.

El hombre cayó al suelo y Roberts se puso a horcajadas sobre él, poniéndole las manos en el cuello. La lengua del oficial surgió a

través de unos labios amoratados.

De pronto, notó un gran dolor en la Cabeza. Aturdido, aflojó la presión de sus manos y rodó a un lado.

—Sherix, ¿por qué me golpeas? —se quejó.

Ella se arrodilló a su lado y le abrazó estrechamente.

—Destry, no quiero que manches tus manos de sangre... —sollozó.

Roberts cerró los ojos unos momentos. Luego dijo:

—Ha sido un golpe muy oportuno. Gracias, Sherix.

Hizo un esfuerzo y se puso en pie. Pero no quiso dirigir la vista hacia la masa ennegrecida que había sido Neil Higgins unos momentos antes.

* * *

La última paletada de tierra cayó sobre la tumba. Lulú tenía que ser sostenida por Fisher y Bea. Sherix tenía los ojos húmedos. Los labios de Roberts aparecían contraídos.

Algunos nativos habían asistido a la fúnebre ceremonia. Typhax llegó de pronto con un objeto en las manos.

—Sabemos que es costumbre en vuestro planeta colocar esta señal en la tumba de un familiar o de un amigo. Aceptadlo como homenaje nuestro a su valor —dijo.

Roberts asintió y clavó la cruz de madera en la tierra aún blanda. Anarda se acercó y colocó un ramo de flores sobre la sepultura.

—No nos había visto en su vida, no nos conocía apenas, pero murió por darnos la libertad —dijo.

— Mientras Zatzur exista, el nombre de Neil Higgins será siempre recordado por nuestro pueblo —manifestó Typhax.

Luego se acercó al joven.

—Los miembros del consejo están dispuestos para la partida —informó.

—Nosotros también —contestó Roberts.

—Anarda y yo viajaremos en la nave, si no tienes inconveniente.

—Ninguno… salvo que estaremos un poco estrechos. Pero no son demasiados días de viaje.

Typhax sonrió.

—Vuestras naves tienen exceso de comodidades. Podremos dormir sin problemas en los pasillos o en cualquier parte.

—Está bien. —Roberts se volvió hacia la muchacha—, ¿Sherix, preparada?

—Sí, Destry.

Una comitiva de personas se acercaba lentamente al lugar. Eran diecisiete en total, cinco de las cuales pertenecían al sexo femenino. Todos eran de avanzada edad y vestían unas túnicas de color verde muy claro, con orla roja, salvo una que la llevaba de color amarillo, con orla negra y azul.

Aquél era el consejo de ancianos, el Sanhedrín que regía la vida de Zatzur. Roberts se sintió impresionado por la sencillez y majestuosidad que se desprendía de aquel grupo de personas de ambos sexos.

Pero cuando estaban más cerca, observó un detalle que le causó gran extrañeza.

El hombre de la túnica amarilla se acercó al grupo.

—Soy Hjibor, presidente del consejo de ancianos —se presentó—. Creo que estamos listos para partir.

—Sí, señor —contestó el joven—. Partiremos inmediatamente, pero, antes, desearía tu permiso para hacerte una pregunta.

Hjibor agitó levemente una mano.

—Habla —accedió.

—Todavía no… Aún estáis ciegos…

—El reconocimiento de la impostora debe hacerse según el método antiguo, para que no haya ninguna duda acerca de la mujer que debe ser nuestra emperatriz —contestó Hjibor solemnemente.

Roberts se inclinó.

—Una acertada decisión, señor —aprobó.

Y no tenía la menor duda de que la verdad saldría a relucir incuestionablemente y que la verdadera Sherix ocuparía el lugar que le correspondía por derecho.

CAPÍTULO XII

La comitiva se detuvo un instante frente a la colosal, escalinata que permitía el acceso al gigantesco edificio que era el palacio imperial de Mitzur, una robustísima construcción de muros ciclópeos, que se alzaba a más de cien metros de altura sobre la cumbre de la colina en que estaba edificado.

El palacio era de un estilo sobrio, pero elegante al mismo tiempo, carente de adornos y, pese a ello, no exento de cierta gracia. Construido en piedra de color rosado, ofrecía un aspecto verdaderamente impresionante.

A ambos lados de la escalera, una doble hilera de soldados lujosamente uniformados, con largas lanzas, formaban una guardia de honor que infundía respeto. Las lanzas no eran sólo decorativas; por el extremo inferior podían lanzar descargas caláricas que abrasarían al intruso que osara atacar a alguno de los grandes personajes que habitaban corrientemente en el palacio.

Hjibor iba en cabeza y reanudó la marcha, tras aquel segundo de detención, seguido por los miembros de su consejo, que iban en doble fila tras él. Roberts y Sherix marchaban a continuación, seguidos de Anarda, con Fisher; Bea, con Typhax, y la afligida Lulú, que aún no había conseguido olvidar a Higgins, era la cola de la procesión que inició un silencioso ascenso hacia la entrada.

Durante aquellos cortos instantes de parada, Roberts agarró la mano de Sherix y la apretó con fuerza.

—Todavía estás a tiempo. El peso de la púrpura es, a veces, insufrible. Abandónalo todo. Ven conmigo; iremos a vivir donde quieras… La Tierra, Zatzur… hay decenas de planetas habitados, donde podremos vivir sin problemas, como una pareja cualquiera…

Los ojos de la muchacha relucieron con un súbito brillo.

—No —contestó—. Sólo quiero lo que es mío y me pertenece, Destry.

El joven suspiró.

—Has tomado una decisión. Quiera Dios que no tengas que arrepentirte, Sherix.

—Tú tampoco te arrepentirás de haberme ayudado —sonrió ella.

Al llegar a la explanada superior, un hombre, lujosamente ataviado, salió al encuentro de la comitiva.

—Soy Armor, primer canciller. ¿Quiénes sois y qué queréis?

—El consejo de ancianos de Zatzur viene a proclamar la identidad de la princesa Sherix, tal como fue estatuido en tiempo inmemorial —respondió Hjibor.

—Pasad —dijo Armor.

Era un prólogo meramente rutinario. Dentro del palacio sonaron unas fuertes campanadas, como si varios gongos fueran golpeados al mismo tiempo. Había pesadas puertas de metal dorado, oscuro, como de bronce, las cuales se abrían por sí solas a medida que avanzaba la comitiva.

Aún ascendieron otra escalinata, de unos veinte peldaños, y la última puerta de metal se abrió, dejando a la vista el salón en donde se iba a efectuar la ceremonia.

Armor se adelantó unos pasos y golpeó el suelo con una vara dorada que llevaba en la mano, símbolo de su cargo.

—Zatzur viene para reconocer a su princesa —clamó con poderosa voz.

La comitiva siguió su marcha. Había centenares de personas de ambos sexos, todas ellas lujosamente ataviadas. Roberts supuso que eran las que componían la corte de Sherix, incluidos los altos cargos de su gobierno.

La pequeña muchedumbre abrió paso a los recién llegados. Al fondo, bajo un enorme dosel de color azul, con motivos de oro, estaba Sherix.

Roberts parpadeó. Si no la hubiera tenido a su lado, habría jurado que ella le había abandonado para llegar antes y ocupar el trono. Pero la que se sentaba bajo el dosel llevaba unos ropajes adecuados a su rango, con una enorme corona de oro y piedras preciosas, que debía abrumarla con su peso, calculó. Claro que no todos los días se celebraban ceremonias de gran gala, pensó.

Junto a Sherix se hallaba un sujeto alto, delgado, de rostro aquilino y mirada penetrante.

—Es Bar-Neigh —susurró la muchacha—. Y también está Tshan, el embajador.

—Ha corrido mucho —dijo Roberts, sarcástico.

—¿Quién se querría perder la fiesta? —rió ella, no menos irónica.

La comitiva se detuvo a unos diez pasos de la escalinata del trono. Bar-Neigh se adelantó ligeramente, dos peldaños más abajo de la joven que estaba sentada en el sillón del trono.

—Se va a celebrar la ceremonia de reconocimiento de la princesa de Mitzur —declaró con voz ligeramente gangosa—. Es el ritual a que debe someterse todo aspirante al trono, por muy bien probados que estén sus derechos. Pero, en este caso, la ceremonia tiene un doble interés. Como todos sabéis, existe una impostora que aspira a ese puesto. Alguien, de diabólica imaginación, tramó la impostura, para su propio provecho. No sé quién es, ni he podido averiguarlo, pese a mis esfuerzos. Pero aquí están las personas que, de un modo absolutamente infalible, nos van a señalar a la impostora. Y, naturalmente, señalarán asimismo a la auténtica princesa, la que será muy pronto coronada como Sherix II, emperatriz de Mitzur.

Bar-Neigh hizo una corta pausa, destinada más bien a impresionar a la audiencia, y añadió;

—Hjibor, como presidente de consejo de ancianos de Zatzur, eres su portavoz. ¿Puedes decir a qué veredicto habéis llegado? ¿Cuál es la auténtica Sherix? ¿Quién es la falsaria?

Un profundísimo silencio gravitó sobre el salón. Cientos de miradas estaban concentradas en el anciano de la túnica amarilla.

Lentamente, Hjibor avanzó unos pasos y señaló a la joven que estaba bajo el dosel.

—Ella es la auténtica Sherix —declaró. Luego giró en redondo y su índice apuntó implacablemente a la muchacha situada junto a Roberts—, Y ella es la impostora.

Un fuerte clamoreo acogió las palabras de Hjibor. Roberts volvió los ojos un instante hacia la joven y la vio pálida, desencajada, a punto de derrumbarse totalmente.

Bea se sentía pasmada, lo mismo que los otros. La única que no parecía muy impresionada era Lulú, a quien se oyó comentar entre dientes:

—Esa golfa no me pareció nunca trigo limpio.

Pero Roberts volvió su atención inmediatamente hacia el primer ministro. Bar-Neigh estaba lívido, evidentemente sorprendido por un desenlace que no había esperado jamás.

De repente, Bar-Neigh dio un paso atrás, saltó hacia la pared que tenía a sus espaldas y apretó allí con la mano. Casi en el acto, un pesado telón de metal descendió del techo y cortó el salón en dos mitades. El suelo retembló al impacto de aquellas docenas de toneladas de hierro, que, apreció Roberts en el acto, les aislaban por completo del resto de los asistentes.

Bar-Neigh apuntó con la mano a Hjibor.

—¿Por qué? ¿Por qué has mentido? —aulló—. Ella es la impostora... —señaló a la que estaba sentada en el trono—. La otra es la verdadera...

Roberts pasó a primera fila.

—Hjibor no te ha mentido —declaró—. Lo que sucede es que ya no tiene miedo de que la bomba que tus esbirros pusieron sobre la vertical del pueblo de Hjibor pueda caer sobre sus cabezas. Que es lo

que hubiera sucedido si nosotros no la hubiéramos desarmado.

* * *

Bar-Neigh meneó la cabeza estúpidamente.

—No... no es posible... Todo estaba planeado milimétricamente... Nada podía fallar...

—Excepto el reconocimiento de la impostora en Zatzur y antes de que se celebrase le ceremonia —dijo el joven—. Si, fue un plan maravillosamente ideado. En apariencia, la que estaba en la Tierra era la auténtica princesa y parecía lógico que quisiera volver a Mitzur, para recobrar su puesto. Algunas de las cosas que le sucedieron fueron realmente auténticas, como el abandono en el callejón, desnuda y sin signos de identificación. La recogieron mis amigos, pero si hubieran sido otros, la impostora disponía de fondos suficientes para contratar hombres audaces que la acompañasen en su viaje. Y debo añadir que, en un principio, yo también creí que ella era la auténtica Sherix.

—Cómo lo averiguaste, sin poder penetrar en su mente? —preguntó Bea.

Roberts sonrió maliciosamente.

—Eso es algo que reservo para mí solo —contestó. Se volvió hacia la muchacha—. Cuando íbamos a entrar, te dije que aún estabas a tiempo. Nos hubiéramos ido, créeme... pero estabas ciega por la ambición, obsesionada por ocupar ese trono, ávida de placeres y de gloria y de poder... Bar-Neigh había puesto ante tus ojos un maravilloso panorama, al que no supiste resistir. Lo siento, Sherix... o como te llames.

—Yarlun —dijo la impostora a media voz—. Soy Yarlun F'Tradx.

Roberts se volvió nuevamente hacia Bar-Neigh, quien no se había recuperado aún de la sorpresa recibida.

—Todo fue ideado hasta en los menores detalles, incluso la comedia que Tshan desempeñó en el astropuerto, los ataques de las naves tripuladas por robots y los de los hombres que pretendían volar las nuestras, supuestamente enviados por la auténtica Sherix. Había

que poner obstáculos en la carrera de la «destituida» para evitar su llegada a Mitzur, pero, al mismo tiempo, convenía que llegase. Cuantos más obstáculos fuesen vencidos, mayor seria la autenticidad que se daría a su presencia.

Bar-Neigh reaccionó. Sus ojos despidieron llamaradas de odio dirigidas a Roberts.

—Sé que estoy acabado —dijo—. Pero tú no disfrutarás del triunfo…

Metió la mano bajo su túnica y sacó algo más brillante, pero Lulú fue más rápida, porque ya estaba prevenida con una pistola térmica, asimismo oculta bajo sus flotantes ropajes.

—Por favor… —suplicó—. Lo diré todo…

Lulú apretó los labios, mientras contemplaba el ennegrecido cadáver del traidor. Luego besó la pistola.

—Por ti, Neil —murmuró.

Sherix se puso en pie.

—Yarlun, mi decisión es ésta: serás conducida a la clínica donde transformaron tu rostro y recobrarás el tuyo original. Luego te asignaré un lugar para vivir, en libertad, pero sin poder moverte más que en un corto radio, durante el resto de tus días. No quiero iniciar esta nueva etapa de mi gobierno derramando más sangre.

Yarlun bajó la cabeza. Luego dobló una rodilla.

—Acepto tu decisión, señora.

Sherix se volvió hacia Tshan.

—Y tú, traidor y compañero de un traidor, quedas despojado de todos tus honores y recompensas, y relegado a la condición de simple ciudadano, sin que jamás puedas volver a pisar la capital de Mitzur. Sal inmediatamente de mi palacio y piensa que, si vuelves a conspirar contra mí, no seré tan benévola.

—Deberías rebanarle el pescuezo —dijo Lulú.

—El perdón es siempre más grato que el castigo —sonrió Roberts.

Los ojos de Sherix se fijaron en el joven. Roberts captó su mirada, nada amistosa y, de repente, se sintió muy incómodo.

Pero, muy pronto, Sherix se acercó a la pared y presionó el contacto del telón, que subió de nuevo a las alturas. El salón recobró sus dimensiones normales.

Hjibor ascendió al estrado y puso una mano sobre la corona:

—Esta es nuestra princesa y será coronada como Sherix II —declaró solemnemente.

Sonaron vítores de alegría. Cientos de voces aclamaron a la joven. Anarda se sentía muy conmovida.

—Todo este lujo, este colorido... No es lo mismo imaginarlo con los ojos de la mente que contemplarlo en la realidad...

Fisher agarró su mano.

—Bah, pompas y vanidades inútiles —dijo—. Un poco, gusta, pero, a la larga, cansa. En cambio, creo que no me cansaré de vivir a tu lado, en Zatzur. ¿Qué me contestas?

Bea dio una respuesta análoga a Typhax. Y añadió;

—En el fondo, aquella vida no acababa de gustarme del todo. Era divertida, excitante... —«Pero a veces venia la Policía y te las ponía difíciles», pensó, porque no quería que Typhax conociese aún su pasado.

Lulú se acercó a Hjibor.

—¿De veras podré adelgazar en los lodos medicinales?

El anciano sonrió.

—Tenlo por seguro. Y cuando acabes el tratamiento, no te faltará una pareja, si deseas quedarte en Zatzur —aseguró el anciano.

—Sí, puede que sea una buena idea —convino «La Gorda»—. Escucha, Hjibor, dejaréis de comer esa maldita «vyvium»... Anarda lo hizo así y ya ve casi normalmente, lo mismo que Typhax...

—No volveremos a probarla jamás —contestó.

Entonces, el gran canciller, llegó con una espada lujosamente

guarnecida y la puso en las manos de Sherix.

—Arrodíllate, Destry Roberts —ordenó.

El joven obedeció. Ella le tocó ambos hombros con la espada. Luego dijo:

—Faltaba el obstáculo más importante, el del reconocimiento por parte de los zatzurianos. No podían ser sobornados, por su despego de los bienes materiales y. además, aunque se hubiera podido hacer un soborno a dos millones de habitantes, siempre acaba por descubrirse. Su decisión resultaría infalible; por tanto, la única solución era la amenaza de exterminio total. Y cedieron.

—¿Te lo dijeron a ti, Destry? —preguntó Sherix.

Bea parpadeó.

—¿Cómo diablos sabe quién eres? —preguntó.

—Sí, me lo dijeron —repuso el joven, sin hacer caso de Bea—. Por mediación de Anarda, nos enteramos de lo que sucedía. Entonces, Higgins y yo fuimos a la bomba y desconectamos la antena que debería recibir la señal de fuego, caso de que las cosas no salieran como quería Bar-Neigh.

—Y tú sabías que Yarlun no era... yo.

Roberts sonrió.

—Lo supe, aunque ya en Zatzur. Hasta entonces, lo admito, había creído en su sinceridad.

—¡Pero esos dos se conocían de antes! —exclamó la pelirroja, que no salía de su asombro.

—Calla, estúpida —gruñó Lulú.

—Por eso Sherix está viva. Si ella hubiera sido la que quedó abandonada en el callejón... Bueno —dijo Roberts—, no habría hecho falta recurrir a ese truco. Simplemente, la habrían llevado a una astronave y allí, también desnuda, por supuesto, la hubieran lanzado por el expulsor de desperdicios. No hay forma mejor de hacer desaparecer a una persona: las paletas del expulsor giran a doce mil revoluciones por segundo y el cuerpo de Sherix habría quedado reducido a partículas microscópicas y esparcido por el espacio. Pero

eso podía dar origen a sospechas y comentarios de incredulidad. Lo mejor era una ceremonia de reconocimiento público, por parte de quienes se suponía no pueden mentir. Como así ha sido, porque han dicho la verdad —concluyó el joven su parlamento.

—Como recompensa a tu fidelidad y a los heroicos esfuerzos que has hecho para preservar mi trono, te nombro Primer Caballero del Imperio... con el privilegio de convertirte en mi esposo, si así lo deseas.

—¡Atiza! —dijo Bea. estupefacta.

—Se conocieron en la Tierra, hace tres años —explicó el gran canciller—. Pero tuvieron una pequeña pelea y ella se volvió... y el romance acabó entonces. Ahora vuelve a reanudarse.

—Eso no lo sabía Bar Neigh, ¿eh?

—Yo me he enterado poco antes de la ceremonia, señorita.

—Eso aclara muchas cosas, menos una —dijo Bea pensativamente—, ¿Cómo pudo saber Destry que Yarlun no era Sherix?

Le hubiera gustado presenciar la escena que siguió a continuación. en las habitaciones privadas de Sherix. Al quedarse solos, Sherix le asestó una tremenda bofetada.

—Sinvergüenza, sátiro, especie de canalla...

—Pero, Sherix —dijo él atónito.

De pronto, se echó a reír.

—Sí. eres la auténtica. Cuando la otra me vio con Bea, se limitó a mostrarse fría y distante. Tú te habrías arrojado a ella, para arañarla, arrancarle el pelo, sacarle los ojos...

—Exacto —confirmó Sherix—, Pudieron duplicar mi cara, en un cuerpo muy parecido, pero no mi mente.

—No, ni tu mal genio. Creo que fue la causa de que se acabase el romance, si mal no recuerdo.

—Recuerdas perfectamente. Y yo recuerdo también que, en cuanto podías, te ibas con otras...

—Sólo durante los primeros tiempos, luego, cuando la cosa se... «estabilizó», me dediqué exclusivamente a ti.

—Eso sí es cierto —reconoció ella—. Tengo un genio de todos los diablos, soy una estúpida celosa...

—Si admites tus defectos, sabrás cómo vencerlos —aseguró Roberts.

—Con tu ayuda, desde luego.

—Sí, claro; y cada vez que mire a una chica, tú la emprenderás a bofetadas conmigo...

—Destry —suspiró ella—, te prometo que cambiaré.

—¡Hum! No me fío...

—He declarado en público que tienes derecho a ser mi esposo, si lo deseas. ¿Qué más pruebas quieres?

De pronto, Roberts se echó a reír.

—Sí, tienes razón, has cambiado. La Sherix que yo conocí en la Tierra, se habría saltado lindamente el protocolo y habría empezado a zurrarme en plena audiencia, sin importarle el público. Has podido dominarte hasta que estuviéramos solos y eso, bien mirado, es un indicio de ese cambio.

La atrajo hacia sí y ella volvió a suspirar.

—Tres años... Me parecieron tres siglos... y, para postre, esta conjura...

—Bueno, todo se ha acabado ya —dijo él—. La incógnita ha sido resuelta y creo que ahora deberíamos empezar a pensar en nosotros mismos.

Sherix sonrió. Al fondo se veía un espacio cubierto por grandes cortinas de espeso tejido de color rojo. Alargó su mano y asió la del joven.

—Anda, ven, vamos a iniciar la reconciliación —invitó.

—Estoy deseando empezar —accedió él, dejándose llevar al otro lado de las cortinas.

F I N